El Azul del Cielo

Georges Batallie

Ediciones del Cagadero del Diablo

Prefacio

Sobre poco más o menos, no hay hombre que no esté pendiente de los relatos, *de las* novelas, *que le revelan la verdad múltiple de la vida. Sólo esos relatos, que a veces se leen en los trances, le enfrentan con el destino. Hemos, pues, de buscar apasionadamente lo que pueden ser los* relatos, *cómo orientar el esfuerzo mediante el cual la* novela *se renueva o, mejor aún, se perpetúa.*

El interés por técnicas diferentes, que vengan a reparar la saciedad de formas conocidas, efectivamente llega a ocupar los espíritus. Pero malamente puedo explicarme -si es nuestro propósito saber lo que puede ser una novela- *que, desde un principio, no se distinga y señale con claridad un fundamento. El relato que revela las posibilidades de la vida no tiene forzosamente por qué suponer una llamada, sino que apela a un momento de rabia, que, de no darse, cegaría al autor respecto a tales posibilidades* excesivas. *Yo estoy convencido: sólo la prueba asfixiante, imposible, ofrece al autor el medio de alcanzar los lejanos horizontes que espera un lector hastiado de los vecinos límites impuestos por las convenciones.*

¿Cómo perder el tiempo con libros a los que, manifiestamente, su autor no se ha visto obligado?

Mi intención ha sido la de formular este principio. Renuncio a justificarlo.

Me limito a enunciar unos títulos que puedan responder de mi afirmación (algunos títulos..., podría dar otros, pero el desorden da la medida de mi intención): Wuthering Heights, El Proceso, En busca del tiempo perdido, El Rojo y el Negro, Eugénie de Franval, La Condena a muerte, Sarrazine, El idiota[1]. . .

Ha sido mi intención expresarme premiosamente.

Mas no insinúo que un arranque de rabia o que las pruebas a que me somete el sufrimiento sean lo único que confiere a los relatos su poder de revelación. He aludido a ello para terminar diciendo que, en el origen de las monstruosas anomalías de El Azul del Cielo, *sólo había un tormento que me estaba destrozando. Tales anomalías integran* El Azul del Cielo. *Mas tan lejos estoy de pensar que tal fundamento pueda bastar para darle valor, que había renunciado a publicar este libro, escrito en* 1935. *Hoy, unos amigos a quienes había conmovido la lectura del manuscrito me incitaron a su publicación. He optado finalmente por remitirme a la bondad de su juicio. Pero había llegado incluso hasta a olvidar su existencia.*

Desde 1936, *había decidido no volver a pensar en él.*

Por lo demás, en el interín, la guerra de España y la guerra mundial habían contribuido a que los incidentes históricos ligados a la trama de esta novela, cobraran un carácter insignificante: ante la propia tragedia, ¿qué atención puede prestarse a sus signos anunciadores?

Tal razón armonizaba con la insatisfacción y el malestar que el propio libro me inspira. Mas tales circunstancias se han vuelto hoy tan lejanas, que mi relato, escrito, por decirlo así, en pleno fuego del acontecimiento, se presenta en las mismas condiciones que otros, relegados, por elección expresa del autor, a un pasado insignificante. Disto mucho, hoy, del estado de ánimo del que este libro emanara; pero, en definitiva, por no operar ya esta razón, que en su tiempo era decisiva, me remito al juicio de mis amigos.

[1] *Eugénie de Franval,* del Marqués de Sade (en *Los Crímenes del Amor); La Condena a muerte,* de Maurice Blanchot; *Sarrazine,* novela de Balzac, relativamente poco conocida y sin embargo una de las cumbres de su obra.

Introducción

En un tugurio de barrio londinense, en un lugar heteróclito de lo más sucio, en el sótano, Dirty estaba ebria. Lo estaba hasta el último grado, yo estaba cerca de ella (mi mano aún llevaba un vendaje, consecuencia de la herida que me produjera un vaso roto). Aquel día, Dirty llevaba un suntuoso traje de noche (pero yo estaba mal afeitado, alborotado el pelo). Ella estiraba sus largas piernas, iniciando una violenta convulsión. El tugurio estaba abarrotado de hombres cuyos ojos se volvían muy siniestros. Aquellos ojos de hombres torvos recordaban puros apagados. Dirty estrechaba con ambas manos sus muslos desnudos. Gemía, mordisqueando una cortina mugrienta. Estaba tan borracha como hermosa: revolvía unos ojos redondos y furibundos mirando fijamente la luz de gas.

-¿Qué pasa? -gritó.

Al mismo tiempo, se sobresaltó, como un cañón que disparase en una nube de polvo. Sus ojos, desorbitados como los de un espantapájaros, se anegaron de lágrimas.

-¡Troppmann! -volvió a gritar.

Me miraba con unos ojos que se agrandaban más y más. Con sus largas manos sucias acarició mi cabeza de herido. Mi frente estaba humedecida por la fiebre. Ella lloraba como se vomita, como en una loca súplica. De tanto llorar, su cabello se empapó de lágrimas.

La escena que precedió a aquella orgía repugnante -a continuación de la cual, las ratas merodearían alrededor de dos cuerpos abandonados en el suelo-- fue de todo punto digna de Dostoïevski...

La embriaguez nos había lanzado a la deriva, a la búsqueda de una respuesta siniestra a la más siniestra de las obsesiones.

Antes de que la bebida nos tocase hasta el límite, habíamos sabido encontrarnos en una habitación del Savoy. Dirty había comentado que el ascensorista era muy feo (a pesar de su bonito uniforme, habría pasado por un sepulturero).

Me lo dijo riendo vagamente. Hablaba ya con dificultad, como habla una mujer borracha:

-¿Sabes? -se detenía a cada momento, estremecida por el hipo- yo era una cría... me acuerdo... vine aquí con mi madre... aquí... hace unos diez años... debía tener yo entonces doce años... Mi madre era una gran vieja pasada, del estilo de la reina de Inglaterra... y resulta que, precisamente al salir del ascensor, el ascensorista... ése...

-¿Cuál?... ¿ése?

-Sí. El mismo que hoy. No ajustó bien la caja... la caja subió demasiado... ella se cayó todo lo larga que era... hizo pluf... mi madre...

Dirty estalló de risa y, como una loca, era incapaz de parar:

Buscando penosamente las palabras, le dije:

-No te rías más. Nunca llegarás a acabar tu historia.

Dejó entonces de reírse y empezó a gritar:

-¡Ah! ¡Ah! Me estoy volviendo idiota... voy... No, no, voy a acabar mi historia... mi madre no se movía... se le habían subido las faldas... sus grandes faldas... como una muerta... ya no se movía... la cogieron para meterla en la cama... se puso a devolver... estaba requeteborracha... pero, un momento antes, no se podía ver... aquella mujer... parecía un dogo... daba miedo...

Vergonzosamente, le dije a Dirty:

-Me gustaría derrumbarme como ella delante de ti...

-¿ Vomitarías? -me preguntó Dirty sin reírse. Me besó en la boca.

-Tal vez.

Entré en el cuarto de baño. Estaba muy pálido y sin razón alguna, me contemplé largamente en un espejo: estaba desastrosamente despeinado, casi vulgar, abotargados los rasgos, ni siquiera desagradables, con el aire fétido de un hombre al levantarse de la cama.

Dirty estaba sola en la habitación, una habitación amplia, iluminada por una gran cantidad de lámparas en el techo. Se paseaba caminando en línea recta, como si no fuera a detenerse nunca: parecía literalmente loca.

Su escote rayaba la indecencia. Su pelo rubio tenía, bajo las luces, un reflejo que me resultaba insoportable.

No obstante, me inspiraba un sentimiento de pureza; había en ella, incluso cuando se entregaba a sus peores excesos, tal candor que, a veces, yo hubiera deseado arrojarme a sus pies: lo temía. Veía que ya no podía más. Estaba a punto de caerse. Se puso a respirar mal, a respirar como lo hace un animal: se ahogaba. Su mirada maligna, acorralada, me habría hecho perder la cabeza. Se detuvo: debía estar retorciéndose las piernas debajo del vestido. Seguramente iba a delirar.

Accionó el timbre para llamar a la camarera.

Unos instantes más tarde entró una sirvienta bastante bonita, pelirroja, de tez lozana: pareció sofocada por un olor insólito en tan lujoso lugar: un olor de burdel de baja estofa. Dirty ya no podía mantenerse en pie como no fuera apoyándose en la pared: parecía sufrir horriblemente. Aquel mismo día, no sé ya dónde, se había rociado con perfumes baratos, pero, en su increíble estado, desprendía además un olor ácido de nalga y de sobaco que, mezclado con el de los perfumes, recordaba el hedor farmacéutico. Además olía a whisky, eructaba una y otra vez...

La joven inglesa estaba atónita.

-Eh, usted, la necesito -le dijo Dirty-, pero antes vaya a buscar al ascensorista: tengo algo que decirle.

La sirvienta desapareció y Dirty, vacilante esta vez, fue a sentarse en una silla. A duras penas consiguió poner en el suelo, a su lado, una botella y un vaso. Sus ojos se volvían más pesados.

Me buscó con la mirada y yo ya no estaba allí. Se asustó. Llamó con voz desesperada:

-¡Troppmann!

Nadie contestó.

Se levantó y estuvo varias veces a punto de caer. Alcanzó la entrada del cuarto de baño: allí me vio derrumbado en un asiento, lívido y desencajado; en mi obcecación, acababa de abrirme la herida de mi mano derecha: la sangre, que intentaba cortar con una toalla, goteaba rápidamente sobre el suelo. Dirty, frente a mí, me observaba con ojos de animal. Me limpié la cara; con ello me manché de sangre la frente y la nariz. La luz eléctrica se hacía cegadora. Era insoportable: aquella luz agotaba los ojos.

Llamaron a la puerta y volvió a entrar la camarera, seguida por el ascensorista.

Dirty se desplomó sobre la silla. Al cabo de un tiempo que me pareció muy largo, sin ver nada y con la cabeza baja, preguntó al ascensorista:

-¿Estaba usted aquí en 1924?

El ascensorista repuso que sí.

-Quisiera preguntarle: aquella señorona de edad..., la que salió del ascensor y, cayéndose, vomitó por el suelo... ¿Se acuerda usted?

Dirty iba pronunciando sin ver nada, como si tuviera los labios muertos.

Los dos sirvientes, horriblemente violentados, se lanzaban miradas oblicuas para inquirirse y observarse mutuamente.

-Lo recuerdo, es verdad -admitió el ascensorista.

(Aquel hombre de unos cuarenta años tenía cara de sepulturero canallesco, pero

aquella cara parecía haber estado inmersa en aceite, tal era su untuosidad.)

-¿Un vaso de whisky? -preguntó Dirty.

Nadie contestó, ambos personajes permanecían en pie con deferencia, esperando lastimosamente.

Dirty pidió su bolso. Sus movimientos eran' tan lentos que pasó un largo minuto hasta que consiguió introducir una mano hasta el fondo del bolso. Cuando hubo hallado lo que buscaba, arrojó un fajo de billetes al suelo, diciendo simplemente:

-Repártanselo...

El sepulturero encontró algo que hacer. Recogió aquel paquete precioso y fue contando las libras en voz alta. Había veinte. Entregó diez a la camarera.

-¿Podemos retirarnos? -preguntó pasado un tiempo.

-No, no, todavía no, se lo ruego, siéntense.

Parecía estar ahogándose, la sangre se le subía a la cara. Los dos sirvientes habían permanecido en pie, observando una gran deferencia, pero se pusieron igualmente rojos y angustiados, en parte por la pasmosa magnitud de la propina y en parte por la propia situación inverosímil e incomprensible.

Dirty, muda, permanecía en la silla. Pasó un largo instante: habrían podido oírse los corazones dentro de los cuerpos. Avancé hacia la puerta, manchado el rostro de sangre, pálido y enfermo, tenía hipo, a punto de vomitar. Los criados aterrados vieron cómo corría un hilillo de agua por la silla y las piernas de su bella interlocutora: la orina formó un charco que se fue agrandando en la alfombra mientras que un ruido de entrañas que se relajaban iba produciéndose pesadamente bajo el vestido de la joven, .revuelta, escarlata y contorsionada en su asiento como un puerco bajo un cuchillo...

La camarera, asqueada y trémula, hubo de lavar a Dirty, que ahora parecía tranquila y feliz. Se dejaba limpiar y enjabonar. El ascensorista ventiló la habitación hasta que el olor hubo desaparecido por completo.

Acto seguido, me hizo un vendaje para cortar la sangre que manaba de mi herida.

Todo había vuelto de nuevo al orden: la camarera estaba acabando de guardar ropa blanca. Dirty, más bella que nunca, lavada y perfumada, seguía bebiendo; se tendió en la cama. Hizo sentarse al ascensorista. El se sentó cerca de ella en una butaca. En aquel momento, la embriaguez hizo que se abandonase como una criatura, como una niña pequeña.

Incluso cuando no decía nada, parecía abandonada.

A veces, se reía sola.

-Cuénteme -dijo por último al ascensorista-, en tantos años como lleva en el Savoy, debe haber visto bastantes cosas horribles.

-Oh, no han sido tantas -repuso, no sin terminar de apurar un whisky que pareció sacudirle y entonarle de nuevo--. Por lo general, aquí, los clientes son muy correctos.

-Oh, correctos ¿verdad? Es una forma de ser: como mi difunta madre que se partió la cara con el suelo delante de usted y le vomitó en las mangas...

Y Dirty se echó a reír de forma discordante, en el vacío, sin encontrar eco alguno.

Prosiguió:

-¿Y sabe por qué son todos tan correctos? Tienen pánico, comprende, les castañetean los dientes, por eso no se atreven a aparentar nada. Lo siento de esa forma porque yo también tengo pánico, claro que sí, compréndalo, muchacho... hasta de usted. Tengo un pánico mortal...

-¿No desea la señora un vaso de agua? -inquirió tímidamente la camarera.

-¡Mierda! -repuso brutalmente Dirty, sacándole la lengua-, a mí lo que me ocurre es que estoy enferma, compréndanlo de una vez, y además tengo algo en la cabeza, yo.

Y luego:

-Maldito lo que les importa, pero me pone enferma. ¿Se enteran?

Con un gesto, suavemente, conseguí interrumpirla.

Le di a beber otro trago de whisky, al tiempo que le decía al ascensorista:

-¡Reconozca que, si de usted dependiese, la estrangularía!

-Tienes razón -chilló Dirty-, mira esas patazas enormes, esas patas de gorila, son tan peludas como un par de cojones.

-Pero -protestó el ascensorista, aterrado, puesto en pie-, la señora sabe que estoy a su servicio.

-Que no, idiota, puedes creerme, no necesito para nada tus cojones. Estoy mareada.

Cloqueó en su eructo.

La camarera se levantó presurosa y trajo una palangana. Pareció la imagen misma del servilismo, perfectamente honrada. Yo estaba sentado inerte, demudado y bebía cada vez más.

-Y usted, chica decente -dijo Dirty, dirigiéndose en esta ocasión a la camarera-, se masturba . Y mira, las teteras en los escaparates para irse haciendo el ajuar; si yo tuviera un culo como el suyo se lo andaría enseñando a todo el mundo, porque, si no se muere una de vergüenza, un día descubre el agujero rascándose.

Asustado de pronto, le dije a la camarera:

-Echele unas gotas de agua por la cara..., ¿no ve usted que se esta congestionando?

La camarera, inmediatamente, se puso en movimiento. Colocó sobre la frente de Dirty una toalla húmeda.

Penosamente, Dirty llegó hasta la ventana. Vio a sus pies el Támesis, y, al fondo, algunos de los edificios más monstruosos de Londres, agrandados por la oscuridad. Vomitó con rapidez al aire libre. Una vez aliviada me llamó y yo le sujeté la frente al tiempo que contemplaba la inmunda cloaca del paisaje, el río y los muelles. En los alrededores del hotel surgían insolente mente algunos edificios lujosos e iluminados.

Yo casi lloraba al ver Londres, a fuerza de estar transido de angustia. Algunos recuerdos de la infancia, como el de las niñas que jugaban conmigo al *diábolo* o a *pigeon vale,* se asociaban, mientras respiraba el aire fresco, a la visión de las manos de gorila del ascensorista. Por otra parte, lo que estaba ocurriendo me pareció insignificante y vagamente cómico. Yo mismo estaba vacío. Apenas sí podía imaginarme que llenaba aquel vacío gracias a nuevos horrores. Me sentía impotente y envilecido. En aquel estado de obcecación e indiferencia, acompañé a Dirty hasta la calle. Dirty me arrastraba. Sin embargo, nunca habría podido imaginarme una criatura humana que tuviese más de despojo a la deriva.

La angustia, que no daba al cuerpo ni un momento de reposo, constituye por lo demás la única explicación de una maravillosa facilidad: conseguíamos transmitirnos cualquier apetito a despecho de los compartimentos establecidos, tanto en la alcoba del Savoy como en el tugurio, o donde podíamos.

Primera Parte

Lo sé.

Moriré en deshonrosas circunstancias.

Hoy disfruto de ser objeto de horror, de asco, para el único ser al que estoy unido.

Lo que deseo: lo peor que le pueda sobrevenir a un hombre que se ría de ello.

La cabeza vacía en la que «yo» estoy se ha vuelto tan medrosa, tan ávida, que sólo la muerte podría satisfacerla.

Hace algunos días llegué -realmente y no en una pesadilla- a una ciudad que se asemejaba al decorado de una tragedia. Una noche -y si lo digo no es sino para poder reír aún más desdichadamente- no estuve solo, borracho, viendo cómo dos ancianos pederastas bailaban dando vueltas, realmente, y no en un sueño. En medio de la noche el Comendador entró en mi habitación: por la tarde solía pasar ante su tumba, el orgullo me había llevado a invitarle irónicamente. Su inesperada llegada me horrorizó.

Ante él, temblaba. Ante él, era una ruina.

Cerca de mí yacía la segunda víctima: la repugnancia profunda de sus labios los hacía semejantes a los labios de una muerta. Manaba de ellos una baba más terrible que la sangre. A partir de aquel día me he visto condenado a *esta soledad que repudio, que ya no tengo ánimo para soportar. Mas en un grito repetiría la invitación* y, si *hubiera de fiarme de una cólera ciega, no habría de ser yo el que se fuese, sería el cadáver del anciano.*

A *partir de un sufrimiento innoble, de nuevo, la insolencia, que,* a *pesar de todo, persiste solapadamente, va aumentando, lentamente al principio,* y *luego, súbitamente en una explosión, me ciega* y *me exalta en una felicidad que se afirma contra toda razón.*

Al momento, la dicha me embriaga, me em*borracha.*
Lo grito, lo canto a *pleno pulmón.*
En mi *corazón idiota, la idiotez canta* a *voz*
en grito.
¡YO TRIUNFO!

Segunda Parte
El Mal Presagio

1

Durante el período de mi vida en que más desgraciado fui, vi a menudo -por razones difícilmente justificables y sin asomo de atracción sexual- a una mujer que sólo me atrajo por un aspecto absurdo: como si mi suerte exigiese que un ave de mal agüere-me acompañara en tal circunstancia. Cuando volví de Londres, en mayo, estaba perdido y me encontraba en un estado de sobreexcitación casi patológico, pero aquella muchacha era extraña, no se dio cuenta de nada. Me había ido de París en junio para reunirme con Dirty en Prüm: más tarde, Dirty, abrumada, me había dejado. A mi vuelta yo era incapaz de sostener por mucho tiempo una actitud correcta. Veía al «ave de mal agüero» lo más a menudo que podía. Pero de vez en cuando me sobrevenían crisis de exasperación en su presencia.

Ello le inquietó. Un día me preguntó lo que me ocurría: poco más tarde me dijo que había tenido la impresión de que me iba a volver loco de un momento a otro.

Yo estaba irritado. Le contesté:

-Absolutamente nada.

Ella insistió:

-Comprendo que no tenga ganas de hablar: sin duda sería mucho mejor que me fuese ahora mismo. No está usted suficientemente tranquilo como para examinar proyectos... Pero mejor será decírselo: llega a inquietarme... ¿Qué va a hacer usted?

La miré a los ojos sin el menor vestigio de una resolución. Sin duda yo tenía un aspecto extraviado, como si hubiese querido huir de una obsesión sin poder escapar de ella. Ella volvió la cabeza. Le dije:

-Probablemente se imaginará que he bebido.

-No, ¿por qué? ¿Suele ocurrirle?

-Con frecuencia.

-No lo sabía --ella me consideraba un hombre serio, perfectamente serio incluso, y, para ella, la embriaguez era incompatible con otras exigencias-. Pero ocurre que... tiene aspecto de estar extenuado.

-Sería mejor volver a nuestro proyecto.

-Es evidente que está usted demasiado fatigado. Está sentado, y sin embargo da la impresión de que está a !\unto de caerse...

-Es posible.

-¿Qué le ocurre?

-Me volveré loco.

-Pero, ¿por qué?

-Sufro.

-¿Qué puedo hacer yo?

-Nada.

-¿No puede decirme lo que le pasa? -No creo.

-Telegrafíe a su mujer diciéndole que vuelva. ¿No está obligada a permanecer en Brighton, no?

-No, además me ha escrito. Más vale que no venga.

-¿Sabe acaso el estado en que se encuentra usted?

-Sabe incluso que ella en nada podría cambiarlo.

Aquella mujer se quedó perpleja: debió pensar que yo era insoportable y pusilánime, pero que, de momento, su deber era ayudarme a salir de allí. Por fin se decidió a decirme con un tono brusco:

-No puedo dejarle así. Voy a acompañarle a su casa... o a casa de unos amigos... como desee...

Yo no contesté. En aquel momento las cosas empezaban a oscurecerse en mi cabeza. Estaba harto.

Me acompañó hasta mi casa. No volví a pronunciar una sola palabra.

2

Por lo general la veía en un bar-restaurante, detrás de la Bolsa. Le hacía comer conmigo. Difícilmente llegábamos a concluir una comida. Pasábamos el tiempo en discusiones.

Era una chica de veinticinco años, fea y visiblemente sucia (las mujeres con las que solía salir antes eran, por el contrario, elegantes y bellas). Su apellido, Lazare, respondía mejor que su nombre a su aspecto macabro. Era extraña, bastante ridícula incluso. Resultaba difícil explicar el interés que yo sentía por ella. Había que suponer en mí un desarreglo mental. Al menos así opinaban los amigos con los que me encontraba en la Bolsa.

Ella era, en aquel momento, el único ser que me hacía salir del abatimiento: apenas había franqueado la entrada del bar-y su silueta destartalada y negra, en aquel lugar consagrado a la suerte y a la fortuna, era como una estúpida aparición de la desgracia- yo solía levantarme y conducida a mi mesa. Llevaba unas prendas negras, de pésimo corte y llenas de manchas. Parecía no distinguir nada de cuanto se hallaba frente a ella, a menudo empujaba las mesas al pasar. Sin sombrero, sus cabellos cortos, tiesos y mal peinados le ponían como alas de cuervo a ambos lados de la cara, Tenía una gran nariz de judía enjuta, de carne macilenta, que salía de aquellas alas bajo las gafas de acero.

Sembraba el malestar: hablaba lentamente con la serenidad de un espíritu al que todo le es ajeno: la enfermedad, la fatiga, la pobreza o la muerte no contaban para nada a sus ojos. Lo que de antemano suponía en los demás era la más tranquila indiferencia. Ejercía una fascinación cierta, tanto por su lucidez como por su pensamiento de alucinada. Yo le entregaba el dinero necesario para la impresión de una minúscula revista mensual a la que ella daba gran importancia. Desde sus páginas defendía los principios de un comunismo harto diferente del comunismo oficial de Moscú. Lo más frecuente era que yo pensase que estaba manifiestamente loca, que, por mi parte, era una broma malintencionada prestarme a su juego. Me imagino que la veía por ser su agitación algo tan descentrado, tan estéril como mi propia vida privada, igualmente turbada al mismo tiempo. Lo que más me interesaba era la morbosa concupiscencia que le impulsaba a dar vida y sangre por la causa de los desheredados. Y yo pensaba: sería una sangre pobre de virgen sucia.

3

Lazare me acompañó. Entró en mi casa. Le pedí que me permitiese leer una carta de mi mujer que me esperaba allí. Era una carta de ocho o diez páginas. Mi mujer me decía que ya no podía más. Se acusaba de haberme perdido cuando todo había ocurrido por culpa mía.

Aquella carta me trastornó. Intenté no llorar, no lo conseguí. Me fui a llorar solo en el retrete. No podía dejar de hacerlo y, al salir, sequé mis lágrimas que seguían corriendo.

Le dije a Lazare, mostrándole mi pañuelo empapado:

-Es lamentable.

-¿Ha recibido malas noticias de su mujer?

-No, no tenga cuidado, ahora estoy perdiendo la cabeza, pero no es por una razón precisa.
-¿Pero no se trata de nada malo?
-Mi mujer me cuenta un sueño que ha tenido... .
-¿Cómo un sueño?...
-No tiene importancia. Puede leerlo si quiere. Sólo que no lo comprenderá.
Le pasé una de las hojas de la carta de Edith, pensaba que Lazare, antes que comprenderla, se asombraría. Yo me decía: tal vez sea un megalómano, pero no hay más remedio que pasar por ello, Lazare, yo, o quien sea.

El pasaje que di a leer a Lazare no tenía nada que ver con lo que me había trastornado en la carta.
«Esta noche -me escribía Edith- tuve un sueño que nunca se acababa, y que me ha dejado un peso insoportable. Te lo cuento porque me da miedo guardado sólo para mí.
»Nos encontrábamos los dos en compañía de varios amigos y alguien decía que, si salías, serías asesinado. Era porque habías publicado unos artículos políticos... Tus amigos pretendían que aquello no tenía importancia. Tú no has dicho nada, pero te has puesto muy rojo. No querías que te asesinasen de ninguna de las maneras, pero tus amigos te han arrastrado y habéis salido todos.
»Llegó entonces un hombre que venía para matarte. Para ello era preciso que encendiese una lámpara que llevaba en la mano. Yo caminaba a tu lado y el hombre, que deseaba hacerme comprender que te iba a asesinar, encendió la lámpara: la lámpara disparó una bala que me traspasó.
»Tú estabas con una joven y, en aquel momento, comprendí lo que querías y te dije: "Ya que te van a matar, al menos, mientras estés con vida, vete con esta joven a una habitación y haz con ella lo que desees." Tú me has contestado: "Con mucho gusto." Te has ido a la habitación con la joven. Luego el hombre ha dicho que había llegado el momento. Ha vuelto a encender la lámpara. De ella partió una segunda bala que te estaba destinada, mas he .sentido que era yo quien la recibía y todo había acabado para mí. Me pasé la mano por la garganta: estaba caliente y pegajosa de sangre. Era horrible...»

Yo me había sentado en un diván al lado de Lazare mientras leía. Volvía a llorar de nuevo intentando reprimirme. Lazare no comprendía que yo llorase por culpa del sueño. Le dije:
-No puedo explicarle todo, sólo que me he comportado como un cobarde con todos aquellos a quienes he amado. Mi mujer ha sido de una total abnegación. Enloquecía por mí mientras yo la estaba engañando. Comprende usted: cuando leo esa historia que ha soñado, quisiera que me matasen ante la idea de todo lo que he hecho...
Lazare me miró entonces como se mira algo que supera a todo cuanto uno podía esperar. Ella, que normalmente lo consideraba todo con ojos fijos y seguros, de pronto pareció desfallecer: estaba como sumida en un estupor paralizante y no decía ni una palabra. La miré a la cara, pero las lágrimas saltaban de mis ojos a mi pesar.
Era presa de un vértigo que me arrastraba, me invadía una pueril necesidad de gemir:
-Tendría que explicarle todo.
Hablaba a través de las lágrimas. Las lágrimas corrían por mis mejillas y caían sobre mis labios. Expliqué a Lazare lo más brutalmente que pude todas las inmundicias que había hecho en Londres con Dirty.
Le dije que engañaba a mi mujer de todas las formas, incluso desde antes, que sentía tal pasión por Dirty que ya no soportaba nada cuando comprendía que la había perdido.
Le conté mi vida entera a aquella virgen. Relatada a una mujer como ella (que,

con su fealdad, no podía padecer la existencia sino de forma risible, reducida como estaba a una estoica rigidez), era de una impudicia que me avergonzaba.

Nunca le había hablado a nadie de lo que me había ocurrido, y cada frase me humillaba como una cobardía.

4

Aparentemente, yo hablaba como un desdichado, de forma humillada, pero no era más que un recurso tramposo. En el fondo mantenía un cínico desprecio ante una mujer tan fea como Lazare. Le expliqué:

-Le voy a decir por qué ha salido todo tan mal: es por una razón que seguramente le parecerá incomprensible. Nunca he tenido una mujer tan bella o tan excitante como Dirty: llegaba incluso a hacerme perder la cabeza, pero en la cama, yo era totalmente impotente con ella...

Lazare no comprendía ni una palabra de la historia que le estaba contando, empezaba a ponerse nerviosa. Me interrumpió:

-Pero, si ella le amaba a usted, ¿era acaso tan grave?

Me eché a reír y, una vez más, Lazare pareció molesta.

-Ha de reconocer -le repliqué- que nadie podría inventar historia más edificante: los dos libertinos desconcertados, reducidos a infundirse mutua repugnancia. Pero... mejor será que hable seriamente: no me gustaría arrojarle ciertos detalles a la cara, y sin embargo, no es difícil comprendernos. Ella estaba tan habituada como yo a los excesos y no podía satisfacerla con remilgos. -Hablaba casi en voz baja. Tenía la impresión de ser imbécil, pero necesitaba hablar; tal era la angustia (por muy estúpido que ello pueda parecer) que era mejor que Lazare estuviera allí. Estaba allí de hecho y yo me encontraba menos perdido.

Me expliqué:

-N o es difícil de comprender. Pasaba el tiempo en esfuerzos inútiles. Al final me encontraba en un estado de extremo agotamiento físico, pero el agotamiento moral era mucho peor. Tanto para ella como para mí. Ella me quería y sin embargo al final me miraba estúpidamente, con una sonrisa huidiza, cargada de hiel. Se excitaba conmigo y yo me excitaba con ella, pero sólo conseguíamos darnos asco. Usted comprende, uno se vuelve repugnante... Todo resulta imposible. Yo me sentía perdido y, cuando llegaba ese momento, ya no pensaba más que en tirarme debajo de un tren...

Me detuve un momento. Aún dije:

-Siempre había como un regusto a cadáver...

-¿Qué quiere decir?

-Sobre todo en Londres... Cuando fui a buscarla a Prüm, habíamos convenido en que ya no volvería a pasar nada de esto, pero, ¿para qué? No se puede imaginar a qué grado de aberración se puede llegar. Yo me preguntaba por qué era impotente con ella y no con las demás. Todo marchaba a la perfección cuando despreciaba a una mujer, por ejemplo a una prostituta. Pero el caso es que, con Dirty, siempre deseaba arrojarme a sus pies. La respetaba demasiado, y la respetaba precisamente por estar completamente perdida de vicios... Todo esto le debe resultar a usted ininteligible...

Lazare me interrumpió:

-Efectivamente, no comprendo. A sus ojos el vicio degrada a las prostitutas que viven de él. No veo cómo podía llegar a enaltecer a esa mujer...

El matiz de desprecio con el que Lazare había pronunciado «esa mujer» me dio la impresión de un absurdo inextricable. Miré las manos de la pobre chica: las uñas asquerosas, el color de la tez un poco cadavérico; se me pasó por la cabeza la idea de que seguramente no se había lavado al salir de cierto sitio... Nada molesto en otras, pero Lazare me repugnaba físicamente. Yo la miraba de frente. En tal estado de

angustia, me sentí acorralado --en trance de volverme medio loco- resultaba cómico y siniestro al mismo tiempo, como si, posado sobre mi muñeca, hubiese llevado un cuervo, un ave de mal agüero, un devorador de despojos.

Pensé: por fin ha encontrado la razón idónea para despreciarme. Miré entonces mis manos: estaban curtidas por el sol y limpias; mis prendas claras de verano estaban en buen estado. Las manos de Dirty casi siempre eran deslumbradoras, con las uñas color de sangre fresca. ¿Por qué había de dejarme desconcertar por aquella criatura fallida y cargada de desprecio por la suerte ajena? Sin duda, debía ser yo un cobarde, un calzonazos, pero en el punto en que me encontraba, podía admitido sin turbación alguna.

5

Una vez hube respondido a la pregunta -tras una larga dilación, como si estuviese atontado- ya sólo deseaba aprovecharme de u'na presencia lo suficientemente difusa, para huir de una soledad insoportable. A pesar del aspecto repugnante que presentaba a mis ojos, Lazare apenas suponía un vestigio de existencia. Le dije:

-Dirty es el único ser en el mundo que alguna vez me haya forzado a la admiración...-(hasta cierto punto, yo mentía: tal vez no fuese la única, pero, en un sentido algo más profundo, era cierto). Añadí que me fascinaba que fuese muy rica; de esa forma podía escupir a la cara de los demás-. No me cabe duda: ella le habría despreciado a usted. No como yo...

Intenté sonreír, agotado de fatiga. Contra lo que yo esperaba, Lazare dejó pasar mis frases sin bajar los ojos: se había vuelto indiferente. Proseguí:

-Ahora prefiero llegar hasta el final... Si lo desea le contaré todo. En un momento dado, en Prüm, llegué a imaginarme que era impotente con Dirty porque era necrófilo... .

-¿Qué me dice?

-No es ninguna insensatez.

-No comprendo...

-Usted sabe lo que significa necrófilo.

-¿Por qué se burla usted de mí?

Yo me impacientaba.

-No me burlo de usted.

-¿Qué quiere decir con eso?

-No gran cosa.

Lazare apenas reaccionaba, como si se tratara de una chiquillada impertinente. Replicó:

-¿Lo ha probado?

-No. Nunca he llegado hasta ese punto. Lo único que ha llegado a pasarme: una noche que pasé en un apartamento en el que acababa de morir una mujer de edad: estaba en la cama, como cualquier otra, entre dos cirios, con los brazos colocados a lo largo del cuerpo, pero sin que le hubiesen puesto las manos juntas. No había nadie en la habitación durante la noche. En aquel momento reparé en ello.

-¿Cómo?

-Me desperté hacia las tres de la madrugada. Se me ocurrió la idea de ir a la habitación donde se encontraba el cadáver. Me quedé aterrorizado, pero a pesar de los temblores que me acometieron, permanecí ante aquel cadáver. Por último me quité el pijama.

-¿Hasta dónde llegó?

-No me moví, mi grado de turbación era tal que estaba a punto de perder la

cabeza; ocurrió de lejos, simplemente mirando.

-¿Era una mujer aún bella?

-No. Perfectamente marchita.

Yo pensaba que Lazare terminaría por montar en cólera, pero estaba tan tranquila como un cura que escucha una confesión. Se limitó a interrumpirme:

-¿Y eso no puede explicar por qué era usted impotente?

-Sí. O al menos, cuando estuve viviendo con Dirty, solía pensar en ello como explicación. En cualquier caso he comprendido que las prostitutas tenían para mí un atractivo análogo al de los cadáveres. Así era la historia que leí de un hombre que las tomaba con el cuerpo empolvado de blanco, imitando a una muerta entre dos cirios, pero la cuestión no era esa. Le hablé a Dirty de lo que podíamos hacer, y ella se puso muy nerviosa conmigo...

-¿Y por qué Dirty no había de hacerse la muerta por amor a usted? Supongo que no se habría echado atrás por tan poca cosa.

Miré a Lazare, francamente sorprendido al veda encarar el asunto: tenía ganas de reír.

-No se echó atrás. Además es tan pálida como una muerta. Particularmente, en Prüm, estaba más o menos enferma. Un día incluso me propuso llamar a un sacerdote católico: quería recibir la extremaunción fingiendo estar en la agonía delante de mí, pero la comedia me pareció intolerable. Evidentemente aquello era grotesco, pero sobre todo aterrador. Ya no podíamos más. Una noche estaba desnuda sobre la cama, yo estaba de pie cerca de ella, igualmente desnudo. Quería excitarme y me hablaba de cadáveres... sin resultado... Sentado en el borde de la cama me eché a llorar. Le dije que era un pobre idiota: estaba hundido al borde de la cama. Se había quedado lívida: la cubría un sudor- frío... Sus dientes se pusieron a castañetear. La toqué, estaba fría. Tenía los ojos en blanco. Era horrible veda así... Al punto me puse a temblar como si la fatalidad me hubiese agarrado por la muñeca para retorcérmela, obligándome a gritar. Ya no lloraba de miedo que tenía. Mi boca se había quedado seca. Me puse algo de ropa. Quise tomarla en mis brazos y hablarle. Me rechazó horrorizada. Estaba verdaderamente enferma...

»Vomitó sobre el suelo. Hay que decir que habíamos estado bebiendo durante toda la velada... whisky.»

-Naturalmente -interrumpió Lazare.

-¿Por qué «naturalmente»?

Miré a Lazare con odio. Proseguí:

-Así fue como acabó todo. A partir de aquella noche ya no soportó que la tocase.

-¿Le dejó?

-No inmediatamente. Incluso seguimos viviendo juntos algunos días. Ella me decía que no iba a amarme menos por lo ocurrido; al contrario, se sentía unida a mí, pero me tenía horror, un horror insuperable.

-En esas condiciones, no podía usted desear que aquello durase.

-No podía desear nada, pero la mera idea de que me fuese a dejar, me hacía perder la cabeza. Habíamos llegado a una situación tal, que con sólo vernos en una habitación, el primero que llegase habría pensado que allí había un muerto. Ibamos y veníamos sin decir ni una palabra. De vez en cuando, en muy escasas ocasiones, nos mirábamos. ¿Cómo podría haber durado?

-¿Pero cómo se separaron?

-Un día ella me dijo que tenía que irse. No quería decir a dónde iba. Le pedí que me permitiese acompañarla. Ella me contestó: tal vez. Fuimos juntos hasta Viena. En Viena cogimos un coche hasta el hotel. Cuando se paró el coche me dijo que arreglase lo de la habitación y que la esperase en el *hall:* tenía que pasar antes por Correos. Yo busqué un mozo para las maletas y ella se quedó en el coche. Se fue sin decir ni una palabra: yo tenía la impresión de que había perdido la cabeza. Hacía tiempo que habíamos convenido en ir a Viena y yo le había entregado el pasaporte

para que pudiese recoger mi correspondencia. Además, todo el dinero con que contábamos estaba en su bolso. Esperé durante tres horas en el *hall.* Era por la tarde. Aquel día soplaba un viento violento con nubes bajas, pero no se podía ni respirar, tal era el calor que hacía. Resultaba evidente que ya no volvería y, en seguida, pensé que la muerte se cernía sobre mí.

En aquella ocasión, Lazare, que me miraba fijamente, parecía afectada. Yo había interrumpido mi narración, fue ella misma, humanamente, la que me pidió que le contase lo que ocurrió. Proseguí:

-Hice que me condujesen a la habitación con dos camas en que se encontraba todo su equipaje... Puedo decir que la muerte irrumpía ya en mi cabeza... no recuerdo lo que hice en la habitación... Hubo un momento en el que me dirigí a la ventana y la abrí: el viento producía un violento rumor y la tormenta se aproximaba. En la calle, justo enfrente de mí, había una banderola negra muy larga. Fácilmente podía tener ocho o diez metros de largo. El viento casi había arrancado su asta: parecía aletear. No se caía: restallaba con el viento con gran estruendo a la altura del tejado: ondeaba adoptando formas atormentadas: como un río de tinta que hubiese fluido de las nubes. El incidente parecía ajeno a mi historia, pero era para mí como si una bolsa de tinta se hubiese abierto en mi cerebro y estaba seguro, aquel día, de que mi muerte estaba próxima: miré más abajo, pero en el piso inferior había un balcón. Me pasé al cuello el cordón que servía para descorrer las cortinas. Parecía sólido: me subí a una silla y anudé la cuerda, luego quise cerciorarme. No sabía si podría asirme a algo una vez hubiese tirado la silla de una patada. Pero desaté la cuerda y me bajé de la silla. Caí inerte sobre la alfombra. Lloré hasta no poder más... Por último me levanté: recuerdo haber tenido la cabeza pesada. Al mismo tiempo me sentía cargado de una absurda sangre fría y al borde de la locura. Me puse en pie so pretexto de mirar a la suerte cara a cara. Volví a la ventana; la banderola negra seguía allí, pero la lluvia caía torrencialmente; estaba oscuro, había relámpagos y un gran fragor de truenos...

Todo esto carecía de interés para Lazare que me preguntó:

-¿De dónde venía esa banderola negra?

Sentía el deseo de molestarla, tal vez por vergüenza de haber estado hablando como un megalómano; riendo le dije:

-¿ Conoce la historia del mantel negro que cubre la mesa de la cena cuando llega don Juan?

-¿Qué tiene que ver eso con su banderola?

-Nada, salvo que el mantel era negro... La banderola ondeaba en señal de duelo por la muerte de Dollfuss.

-¿Se encontraba usted en Viena en el momento del asesinato?

-No, en Prüm, pero llegué a Viena el día siguiente.

-Debe de haberse conmovido mucho al estar allí cuando sucedió.

-No -aquella insensata, con toda su fealdad, me producía horror por la constancia de sus preocupaciones-. Además, incluso si todo aquello hubiese engendrado la guerra, no hubiese hecho con ello sino responder a lo que en aquel momento tenía yo en la cabeza.

-¿Pero cómo habría podido la guerra responder a algo que usted tuviese en la cabeza? ¿Se hubiese alegrado acaso de que estallara la guerra?

-¿Por qué no?

-¿Piensa que acaso una revolución seguiría a la guerra?

-Hablo de la guerra y no de algo que la seguiría.

Acababa así de estremecerla más brutalmente que con todo cuanto había podido decirle.

Los pies maternos

1

Empecé a ver a Lazare con menos frecuencia.

Mi existencia había adoptado un curso cada vez más tortuoso. Bebía copas aquí o allá, caminaba sin meta precisa y, por último, tomaba un taxi para volver a mi casa; entonces, en el fondo del taxi pensaba en Dirty perdida y sollozaba. Ya ni siquiera sufría, ya no padecía la menor angustia, sólo sentía en mi cabeza una definitiva estupidez, como un infantilismo que nunca hubiera de acabar. Consideraba con asombro las mil extravagancias en las que había podido soñar -pensaba en la ironía y en el valor de que había hecho gala- cuando quería provocar a mi suerte: de todo aquello no me quedaba más que la impresión de ser como una especie de idiota, posiblemente conmovedor, ridículo en cualquier caso.

Aún pensaba en Lazare y, cada vez, me acometía como un sobrecogimiento: merced a mi fatiga había tomado un significado análogo al de la banderola negra que tanto me asustara en Viena. Después de las palabras desagradables que tuvimos sobre la guerra, no sólo veía en tan siniestros presagios una amenaza que se cernía sobre mi existencia, sino también una amenaza más general, gravitando por encima del mundo... Ciertamente no había nada real que pudiera justificar una asociación entre la probable guerra y Lazare que, por el contrario, pretendía sentir horror por cuanto se refiriese a la muerte: sin embargo, todo en ella, su entre cortada y sonambúlica manera de andar, el tono de su voz, aquella facultad suya de proyectar a su alrededor una especie de silencio y su avidez de sacrificio, contribuían a la impresión que producía de haber pactado con la muerte. Yo sentía que una existencia como aquella no podía tener sentido más que para unos hombres y un mundo igualmente abocados a la desgracia. Un día se hizo como una luz en mi cabeza y al punto me resolví a deshacerme de las preocupaciones que compartía con ella. Aquella liquidación inesperada tenía la misma vertiente ridícula que el resto de mi vida.

Al punto de tomar dicha decisión, presa de hilaridad, salí andando de mi casa. Llegué, tras una larga caminata, a la terraza del café de Flore. Me senté a la mesa de una gente apenas conocida. Tenía la impresión de resultar inoportuno, pero no me iba. Los demás hablaban, con la mayor seriedad, de cada una de las cosas que habían sucedido y de las que resultaba *útil* estar informado: todos ellos me parecían compartir una precaria realidad y una idéntica vaciedad de cráneo. Les escuché durante una hora sin. proferir más que algunas palabras. Me fui luego al bulevar de Montparnasse, a un restaurante a mano derecha de la estación; una vez allí, en la terraza, comí las mejores cosas que pude pedir y empecé a beber vino tinto, demasiado. Al final de la comida, era muy tarde, pero aún llegó una pareja formada por una madre y su hijo. La madre no era mayor, antes bien esbelta y atractiva aún, daba pruebas de una encantadora desenvoltura: aquello carecía de interés pero, como estaba pensando en Lazare, me pareció tanto más agradable su vista cuanto que parecía rica. Su hijo estaba delante de ella, muy joven, prácticamente mudo, vestido con un suntuoso traje de franela gris. Pedí café y empecé a fumar. Me quedé desconcertado al oír un violento alarido de dolor, prolongado como un estertor: un gato acababa de arrojarse al cuello de otro, al pie del seto que bordeaba la terraza y precisamente debajo de la mesa de los dos comensales en que m_ estaba fijando. La joven madre, en pie, profirió un grito agudo: empalideció. Pronto reparó en que se trataba de gatos y no de seres humanos, se echó a reír (no resultaba ridícula sino sencilla). El propietario y las camareras acudieron a la terraza. Se reían explicando que se trataba de un gato conocido por su agresividad para con los otros. Yo mismo me reí con ellos.

Luego me fui del restaurante, creyéndome de buen humor, pero, tras caminar

por una calle desierta, sin saber adónde ir, empecé a sollozar. No podía dejar de sollozar: caminé durante tanto tiempo que llegué muy lejos, a la calle donde vivo. En aquel momento lloraba aún. Delante de mí, tres chicas jóvenes y dos muchachos bulliciosos se reían a carcajadas: las chicas no eran guapas, pero, sin lugar a dudas, sí que eran ligeras y estaban excitadas. Dejé de llorar y les seguí despacio hasta mi portal: el tumulto me excitó hasta tal punto que, en lugar de entrar en mi casa, desandé deliberadamente el camino. Paré un taxi e hice que me condujera al Tabarin. En el momento en que entré, había en la pista gran cantidad de bailarinas prácticamente desnudas: bastantes de ellas eran bonitas y saludables. Había hecho que me colocasen al borde de la pista (me había negado a ocupar cualquier otra localidad), pero la sala estaba completamente llena y el suelo, en el lugar que ocupaba mi asiento, estaba más alto: resultaba así que la silla carecía de base suficiente: tenía la sensación de que, de un momento a otro, podía perder el equilibrio y aterrizar en medio de las chicas desnudas que estaban bailando. Estaba congestionado, hacía mucho calor, tenía que enjugar el sudor de mi cara con un pañuelo que ya estaba empapado y me resultaba difícil desplazar mi vaso de alcohol desde la mesa a la boca. En tan ridícula situación, mi existencia, en equilibrio inestable sobre una silla, se tornaba en la personificación de la desgracia: por el contrario, las bailarinas sobre la pista inundada de luz eran la imagen de una felicidad inaccesible.

Una de las bailarinas era más esbelta y más bella que las demás: aparecía con una sonrisa de diosa, vestida con un traje de noche que le confería un aire majestuoso. Al final de la danza se quedaba completamente desnuda, pero, en aquel momento, era de una delicadeza y elegancia casi increíbles: la luminosidad malva de los proyectores convertía su largo cuerpo nacarado en una maravilla de palidez espectral. Yo contemplaba su trasero desnudo con el embeleso de un niño: como si, en toda mi vida, no hubiese visto nada tan puro, tan poco *real,* tal era su belleza. En la segunda ocasión en que se produjo el juego del vestido desabrochado, éste me cortó el aliento hasta tal punto que me así a la silla, vacío. Me fui de la sala. Vagué de un café a una calle, de una calle a un autobús nocturno; sin intención de hacerlo, me bajé del autobús y entré en el Sphynx. Deseé sucesivamente a todas las muchachas que en aquella sala se ofrecían a quien acudía; no tenía la intención de subir a una habitación: una luz irreal no dejaba de desorientarme. Tras ello fui al Dome y cada vez estaba más y más hundido. Comí una salchicha asada y bebí champán dulce. Era reconfortante, pero bastante malo. A aquella hora tardía, en aquel lugar envilecedor, quedaba poca gente, hombres moralmente burdos, mujeres mayores y feas. Entré luego en un bar en el que una mujer vulgar, ligeramente agraciada, estaba sentada en un taburete cuchicheando con el barman en tono ronco. Paré un taxi y, esta vez, hice que me condujese a mi casa. Eran más de las cuatro de la mañana, pero, en lugar de acostarme y dormir, me puse a escribir un informe a máquina con todas las puertas abiertas.

Mi suegra, instalada en mi casa por hacerme un favor (se ocupaba de la casa durante la ausencia de mi mujer), se despertó. Me llamó desde la cama y gritó a través de su puerta en dirección a la otra punta del piso:

-Henri... Edith ha telefoneado desde Brighton a las once; ha de saber que ha sentido mucho no encontrarle.

Efectivamente, yo llevaba en el bolsillo, desde el día anterior, una carta de Edith. En ella me decía que telefonearía esa noche después de las diez y yo debía ser un cobarde para haberlo olvidado de esa forma. Incluso me había vuelto a ir después de haber llegado hasta el portal. No podía imaginarme nada más odioso. Mi mujer, de quien me había olvidado vergonzosamente, me telefoneaba desde Inglaterra, inquieta; durante ese tiempo, olvidándola, iba arrastrando mi hundimiento embrutecido por lugares detestables. Todo era falso, incluso mi sufrimiento. Volví a llorar cuanto pude: mis sollozos no tenían ni pies ni cabeza.

El vacío continuaba. Un idiota que se alcoholiza y llora, eso era en lo que

grotescamente me estaba convirtiendo. Para escapar al sentimiento de no ser sino un olvidado desecho, el único remedio era beber un trago tras otro. Tenía la esperanza de acabar con mi salud, tal vez incluso con una vida que carecía de razón de ser. Imaginé que el alcohol me mataría, pero no tenía una idea exacta. Quizá siguiese bebiendo y entonces moriría, o bien dejaría de beber... De momento, todo carecía de importancia.

2

Salí medianamente borracho de un taxi delante de Francis. Sin decir ni una palabra, fui a sentarme a una mesa, al lado de algunos amigos que había venido a ver. La compañía me convenía, la compañía me alejaba de la megalomanía. No era el único que había bebido. Fuimos a cenar a un restaurante de taxistas: sólo había tres mujeres. En seguida la mesa quedó cubierta con gran cantidad de botellas de vino tinto vacías o medio vacías.

Mi vecina se llamaba Xénie. Hacia el final de la comida me dijo que acababa de volver del campo y que, en la casa donde había pasado la noche, había visto en el retrete un orinal lleno de un líquido blancuzco en medio del cual se estaba ahogando una mosca: se refería a ello so pretexto de que yo estaba comiendo un *coeur el la creme* y de que el color de la leche le daba asco. Ella comía embutido y se bebía todo el vino tinto que yo le iba sirviendo. Engullía los trozos de morcilla como una moza de granja, pero era pura afectación. No era más que una muchacha ociosa y excesivamente rica. Vi delante de su plato una revista vanguardista de portada verde que llevaba con ella. La abrí y encontré una frase en la que un cura de pueblo extraía del estiércol un corazón en el extremo de una horca. Yo estaba cada vez más borracho y la imagen de la mosca ahogada en un orinal se asociaba con el rostro de Xénie. Xénie estaba pálida, tenía en el cuello desagradables mechones de pelo, patas de mosca. Sus guantes de piel blanca estaban inmaculados, encima del mantel de papel, al lado de las migas de pan y de las manchas de vino tinto. La mesa entera hablaba a voces. Escondí un tenedor en mi mano derecha, alargué suavemente esa mano sobre el muslo de Xénie.

Por entonces yo tenía una convulsiva voz de borracho, pero era en parte una comedia. Le dije:

-Tienes el corazón fresco...

De pronto me eché a reír. Acababa de ocurrírseme (como si ello pudiera tener algo de cómico): un corazón a la crema... Empezaba a sentir ganas de vomitar.

Al parecer, ella estaba deprimida, pero me contestó sin mal humor, conciliadora:

-Probablemente le decepcione, pero es cierto: aún no he bebido mucho y no es mi intención mentirle para que se divierta.

-Entonces... -dije.

Hundí brutalmente, a través del vestido, los dientes del tenedor en el muslo. Ella gritó y, en el desordenado ademán que hizo para escapar de mí, tiró dos vasos de vino tinto. Apartó su silla y hubo de levantarse el vestido para ver la herida. La ropa interior era bonita, la desnudez de los muslos fue de mi agrado; uno de los dientes, más afilado, había atravesado la piel y corría la sangre, pero se trataba de una herida insignificante. Yo me abalancé: no tuvo tiempo de impedirme que pegase ambos labios al muslo y bebiese la pequeña cantidad de sangre que acababa de hacer brotar. Los otros miraban un poco sorprendidos, con una risa un poco envarada... Pero vieron que Xénie, con toda su palidez, lloraba con moderación. Estaba más bebida de lo que ella había supuesto: siguió llorando, pero sobre mi brazo. Entonces llené su caído vaso de vino tinto y le hice beber.

Pagó uno de nosotros; luego se dividió el total, pero yo exigí pagar por Xénie

(como si se tratara de tomar posesión de ella); se habló de ir al Fred Payne. Todo el mundo se amontonó en dos coches. El calor que hacía en la pequeña sala era asfixiante; bailé una vez con Xénie y luego con mujeres que nunca había visto. Me iba a tomar el aire a la puerta, arrastrando a uno o a otro -una vez incluso fue Xénie- a beber whiskies en las tascas vecinas. De vez en cuando volvía a la sala; por último, me instalé, adosado a la pared, delante de la puerta. Estaba ebrio. Miraba a los transeúntes. No sé por qué, uno de mis amigos se había quitado el cinturón y lo tenía en la mano. Se lo pedí. Lo doblé y me dediqué a blandido ante las mujeres, como si me dispusiera a golpeadas. Estaba oscuro, ya no veía nada y había dejado de comprender; si las mujeres pasaban con hombres afectaban no ver nada. Llegaron dos jóvenes y una de ellas, ante aquel cinturón alzado como una amenaza me plantó cara, insultándome, escupiéndome su desprecio a la cara: era verdaderamente bonita, rubia, duro y estilizado el rostro. Me volvió la espalda con desprecio y franqueó el umbral de Fred Payne. Yo la seguí por entre los bebedores aglomerados alrededor del bar.

-¿Por qué se enfada conmigo? -le dije, al tiempo que le mostraba el cinturón- sólo quería bromear. Tómese algo conmigo -ahora reía, mirándome de hito en hito.

-Bueno -me dijo.

Como si no quisiera ser menos que aquel in

dividuo borracho que le mostraba estúpidamente un cinturón, añadió:

-Tenga.

Tenía en la mano una mujer desnuda de cera blanda; la parte baja de la muñeca estaba rodeada con un papel; con dedicación conseguía imprimir al busto un movimiento sutil: no se podía ver nada más indecente. Era, seguramente, alemana, muy descolorida, con un aire altivo y provocador: bailé con ella y le conté no sé ya qué tonterías. Sin razón aparente, se detuvo en medio de una pieza, adoptó un aire grave y me miró fijamente. Estaba cargada de insolencia.

-Mire -me dijo.

Y se levantó el vestido por encima de las medias: la pierna, las floridas ligas, las medias, la ropa interior, todo era lujoso; con su dedo señalaba la carne desnuda. Siguió bailando conmigo y me di cuenta de que había seguido llevando en la mano aquella mísera muñeca de cera: tales baratijas se suelen vender a la entrada de los music-halls mientras el vendedor canturrea una retahíla de fórmulas, tales como: «formidable al tacto»... La cera estaba suave: tenía toda la flexibilidad y la frescura de la carne verdadera. La blandió una vez más tras dejarme y, al tiempo que bailaba sola una rumba delante del pianista negro, le imprimía una incitante ondulación, análoga a la de su danza: el negro la acompañaba al piano riéndose a carcajadas; bailaba bien y la gente en corro alrededor de ella, se había puesto a dar palmadas. Entonces sacó la muñeca del cucurucho de papel y la arrojó sobre el piano con grandes risas: el objeto cayó sobre la madera del piano con un ínfimo ruido de cuerpo que se desploma; efectivamente, se habían desplomado sus piernas, pero sus pies estaban cortados. Las pequeñas pantorrillas rosadas y mutiladas, las piernas abiertas, eran irritantes, pero atractivas al mismo tiempo. Encontré un cuchillo en una mesa y corté una rebanada de pantorrilla rosada. Mi compañera provisional se apoderó del trozo y me lo metió en la boca: tenía un horrible sabor a vela amarga. Lo escupí sobre el suelo, asqueado. No estaba totalmente ebrio; reparé en lo que podía ocurrir si seguía.a aquella muchacha a una habitación de hotel (me quedaba muy poco dinero, saldría, sin duda, con los bolsillos vacíos y aun tendría que dejarme insultar, abrumar de desprecio).

La muchacha me vio hablar con Xénie y con otros; pensaría, sin duda, que tendría que quedarme con ellos y que no me podría acostar con ella: bruscamente me dijo adiós y desapareció. Poco después, mis amigos se fueron de Fred Payne y yo los seguí: fuimos a beber y comer a Graff. Yo me quedaba en mi sitio sin decir nada, sin pensar en nada, empezaba a ponerme malo. Fui al lavabo con el pretexto de que tenía las manos sucias y estaba despeinado. No sé lo que hice: poco más tarde, dormitaba

a medias cuando oí llamar «Troppmann». Estaba con los pantalones bajados, sentado en la taza. Me abroché el pantalón, salí y el amigo que me había llamado me dijo que había desaparecido durante tres cuartos de hora. Fui a sentarme a la mesa de los demás, pero, poco después, me sugirieron que volviese a los servicios: estaba muy pálido. Volví, pasé bastante tiempo vomitando. Luego, todo el mundo se puso a decir que había que irse (eran las cuatro ya). Me llevaron a casa en el *spider* de un coche.

Al día siguiente (era domingo), aún me sentía enfermo y el día se me pasó en un odioso letargo, como si no quedasen ya otros recursos susceptibles de ser utilizados para seguir viviendo: me vestí hacia las tres con la idea de ir a ver a ciertas personas e intenté, infructuosamente, parecerme a un hombre en estado normal. Volví temprano a acostarme: tenía fiebre y m_ dolía el interior de l'a nariz como suele ocurrir tras prolongados vómitos; además, la ropa se me había empapado de lluvia y había cogido frío.

3

Me hundí en un sueño enfermizo. Durante toda la noche fueron sucediéndose pesadillas o sueños penosos que acabaron de agotarme. Me desperté más enfermo que nunca. Aún podía recordar lo que acababa de soñar: me encontraba en una antesala, delante de una cama de baldaquín y columnas, una especie de carroza fúnebre sin ruedas: aquella cama, o aquel coche de muerto, estaba rodeado por cierto número de hombres y mujeres, los mismos, al parecer, que fueran mi compañía de la noche anterior. El gran salón era seguramente un escenario de teatro, aquellos hombres y mujeres eran actores, los directores escénicos, tal vez, de un espectáculo tan extraordinario que su sola espera me producía angustia... En cuanto a mí, estaba apartado y cobijado al mismo tiempo, en una especie de pasillo desnudo y destartalado, situado, respecto a la salita de la cama, como lo están las butacas de platea de los espectadores respecto a las tablas. La atracción esperada debía ser turbadora y cargada de un humor exagerado: esperábamos la aparición de un cadáver auténtico. En ese momento reparé en un féretro dispuesto en medio de la cama de baldaquín: la parte superior del féretro desaparecía en un silencioso desplazamiento, como un telón de teatro o como la tapa de un juego de ajedrez, pero lo que apareció no era horrible. El cadáver era un objeto de forma difícil de explicar, una cera rosácea de brillante frescura; aquella cera recordaba la muñeca de pies mutilados de la chica rubia, nada más atractivo; aquello respondía al sarcástico estado de ánimo, silenciosamente embelesado, de los asistentes; acababa de ser gastada una broma cruel y divertida, cuya víctima era aún desconocida. Poco después, el objeto rosa, inquietante e incitante a la vez, fue agrandándose hasta cobrar proporciones considerables: tomó el aspecto de un cadáver gigante esculpido en alabastro blanco veteado de rosa o de ocre amarillo. La cabeza de aquel cadáver era un inmenso cráneo de yegua; su cuerpo, una espina de pescado o una enorme mandíbula inferior medio desdentada, estirada en línea recta; sus piernas prolongaban aquella espina dorsal en el mismo sentido que las de un hombre; no tenían pies, eran los trozos largos y nudosos de las patas de un caballo. El conjunto, hilarante y repulsivo, tenía el aspecto de una estatua de mármol griega, el cráneo estaba cubierto con un casco militar plantado en la punta de la misma forma que un sombrero de paja en la cabeza de un caballo. Yo, por mi parte, no sabía si tenía que sumirme en la angustia o reírme, y se me hizo cada vez más claro que, si me reía, aquella estatua, aquella especie de cadáver, era una broma flagrante. Pero, si llegaba a temblar, ella se abalanzaría sobre mí para hacerme pedazos. No pude darme cuenta de nada: el cadáver tendido se convirtió en una Minerva, vestida, acorazada, erguida y desafiante bajo su casco: aquella Minerva era de mármol, pero se agitaba como una loca. Continuaba en tono violento aquella broma que me maravillaba, que, no obstante, me dejaba anonadado.

Había, en el fondo de la sala, como una hilaridad extremada, pero nadie reía. La Minerva se puso a hacer molinetes con una cimitarra de mármol: todo en ella era cadavérico: la forma árabe de su arma designaba el lugar en donde transcurrían los hechos: un cementerio de monumentos de mármol blanco, de mármol lívido. Era de talla gigantesca. Imposible averiguar si tenía que tomada en serio o no: se tornó aún más equívoca. En aquel momento ya no era cuestión de que, desde la sala en la que se agitaba, descendiera al pasillo en el que me había instalado temerosa mente. Por entonces ya me había empequeñecido y cuando me vio, se dio cuenta de que tenía miedo. Y mi miedo le atraía: hacía movimientos de una demencia ridícula. De pronto, bajó y se abalanzó sobre mí con un ímpetu cada vez más loco, haciendo molinete s con su arma macabra. Estaba a punto de conseguido: yo estaba paralizado por el pánico.

No tardé en comprender que, en aquel sueño, Dirty, súbitamente enloquecida, muerta al mismo tiempo, había adoptado el traje y el aspecto de la estatua del Comendador y que, bajo esta forma irreconocible, se abalanzaba sobre mí para aniquilarme.

4

Antes de hundirme por completo en la enfermedad, mi vida era, de un extremo al otro, una morbosa alucinación. Yo estaba despierto, pero todas las cosas desfilaban ante mis ojos con excesiva rapidez, como en un mal sueño. Tras la noche pasada en Fred Payne, por la tarde, salí con la esperanza de encontrar a algún amigo que me pudiese ayudar a reintegrarme en la vida normal. Se me ocurrió la idea de ir a ver a Lazare a su casa. Me sentía muy mal. Pero, en lugar de lo que había ido buscando, aquel encuentro fue como una pesadilla, más deprimente incluso que ese sueño que iba a tener durante la noche siguiente.

Era una tarde de domingo. Aquel día hacía calor y no corría el aire. Encontré a Lazare en el apartamento que ocupa en la rue de Turenne, en compañía de un personaje tal que, al verle, se me pasó por la cabeza la cómica idea de que tendría que conjurar la mala suerte... Era un hombre muy alto que lucía la más lamentable semejanza con la imagen popular de Landrú. Tenía los pies grandes, una chaqueta gris clara, demasiado amplia para su endeble cuerpo. El paño de aquella chaqueta estaba pasado y chamuscado por algunos sitios; su viejo pantalón brillante, más oscuro que la chaqueta, iba bajando hasta el suelo como un sacacorchos. Era de una corrección exquisita. Como Landrú, lucía una hermosa barba de color castaño sucio y su cráneo era calvo. Se explicaba con rapidez usando palabras bien escogidas.

En el momento en que entré en la habitación, su silueta se recortaba sobre el fondo de cielo nublado: estaba en pie, delante de la ventana. Era un ser inmenso. Lazare me presentó y, al dar su nombre, me señaló que era su padrastro (no era, como Lazare, de raza judía; debía haberse casado con la madre en segundas nupcias). Se llamaba Antoine Melou. Era profesor de filosofía en un liceo de provincias.

Una vez se hubo cerrado a mis espaldas la puerta de la habitación y tras haber tomado asiento, exactamente igual que si hubiese caído en la trampa, delante de aquellos dos personajes, sentí una fatiga y una repugnancia más molestas que nunca: al mismo tiempo me imaginaba que, poco a poco, iba a perder la compostura. Lazare me había hablado varias veces de su padrastro, diciéndome que, desde un punto de vista estrictamente intelectual, era sin duda el hombre más sutil, el más inteligente que nunca hubiera conocido. Me sentía enormemente molesto por su presencia. Estaba enfermo, casi demente, no me hubiese sorprendido si, en lugar de hablar, hubiese abierto completamente la boca: me imaginaba que habría dejado que la baba le

corriese por la barba sin decir una sola palabra...

Lazare estaba irritada por lo imprevisto de mi llegada, pero éste no era el caso del padrastro: una vez hechas las presentaciones (durante las cuales él permaneció inmóvil, sin expresión), sentado apenas en una butaca desvencijada, se puso a hablar:

-Señor, me interesa ponerle al corriente de una discusión que, lo confieso, me sitúa en un abismo de perplejidad...

Con su comedida voz de ausente, Lazare intentó detenerle:

-Pero, ¿no cree usted, querido padre, que tal discusión no tiene solución, y que... no vale la pena cansar a Troppmann? Tiene todo el aspecto de estar agotado.

Yo seguía con la cabeza baja, fijos los ojos en el suelo, a mis pies. Dije:

-No importa. Explíqueme por lo menos de qué se trata, eso no obliga... -hablaba casi en voz baja, sin convicción.

-Ea -repuso el señor Melou-, mi hijastra acaba de exponerme el resultado de las arduas meditaciones que la han absorbido literalmente desde hace algunos meses. Por lo demás, no me parece que la dificultad estribe en los muy hábiles y, a mi modesto entender, convincentes argumentos que utiliza con vistas a delimitar el callejón sin salida en el que los acontecimientos que se producen ante nuestros ojos precipitan a la historia...

La aflautada vocecilla se modulaba con una elegancia excesiva. Yo ni siquiera escuchaba: ya sabía lo que iba a decir. Me sentía abrumado por su barba, por el aspecto sucio de su piel, por sus labios, del color de las tripas, que tan bien articulaban mientras sus grandes manos se elevaban con objeto de acentuar las frases. Comprendí que coincidía con Lazare en admitir el derrumbe de las esperanzas socialistas. Pensé: pues están listos, los dos pájaros éstos, derrumbadas las esperanzas socialistas... me encuentro muy enfermo. . .

El señor Melou proseguía, enunciando con su voz profesoral el «angustioso dilema» que se le planteaba al mundo intelectual en aquella época deplorable (según él, para todo depositario de la inteligencia era una verdadera desgracia el tener que vivir hoy precisamente). Articuló, arrugando la frente con esfuerzo:

-¿Acaso hemos de enterrarnos en silencio? ¿O, por el contrario, hemos de acordar nuestro apoyo a las últimas resistencias de los obreros abocándonos así a una muerte implacable y estéril?

Durante algunos instantes permaneció en silencio, fijando la mirada en la punta de su mano alzada.

-Louise --concluyó-- se inclina por la solución heroica. Yo no sé, señor, cuál pueda ser su opinión personal sobre las posibilidades asignadas al movimiento de emancipación obrera. Permítame, pues, que plantee el problema... de forma provisional... -una vez pronunciadas estas palabras me miró con una ligera sonrisa; se detuvo un buen rato, daba la misma impresión que un sastre que, para juzgar mejor el efecto, se echa un poco para atrás- en el vacío, sí, ahí es' donde precisamente conviene decido –tomó una de sus manos dentro de la otra y, muy despacio, se las frotó--, en el vacío... Como si nos encontráramos ante los datos de un problema arbitrario. Siempre nos es lícito imaginar, con independencia de un dato real, un rectángulo ABCD... Pasemos, si gusta, a enunciar en el presente caso: sea la clase obrera irremisiblemente destinada a perecer...

Yo escuchaba aquello: la clase obrera destinada a perecer... Yo flotaba en una vaguedad excesiva. Ni siquiera pensaba en levantarme, en irme dando un portazo. Miraba a Lazare y me sentía anonadado. Lazare estaba sentada en otra butaca, con aire resignado y, sin embargo, atento, adelantada la cabeza, apoyado el mentón en la mano, el codo en 'la rodilla. Ella no era menos sórdida y sí más siniestra que su padrastro. No se movió y le interrumpió:

-Sin duda, quiere usted decir «destinada a sucumbir políticamente»...

El desmesurado fantoche prorrumpió en carcajadas. Cloqueaba. Concedió de

buena gana:

-¡Es evidente! Yo no postulo que todos ellos vayan a perecer corporalmente...

No pude evitar decir: '

-¿Ya mí qué me importa todo eso?

-Tal vez me haya expresado mal, señor... Y entonces Lazare, con un aire entendido:

-Sin duda, disculpará que no le llame *camarada,* pero mi padrastro se ha habituado a las discusiones filosóficas... con colegas...

El señor Melou permanecía imperturbable. Siguió.

Yo tenía ganas de mear (ya estaba moviendo las rodillas):

-Nos encontramos, no podemos menos que decido, frente a un problema menudo, exangüe, y tal que, a primera vista, parece participar de una sustancia que se nos escapa -adoptó un aire desolado, había una dificultad que le agotaba y que él solo podía ver, esbozó un gesto con las manos-, mas sus consecuencias modo alguno podrían escapársele a una mente tan cáustica, tan inquieta como la suya...

Me volví hacia Lazare y le dije:

-Le ruego que me disculpe, pero he de pedirle que me indique dónde está el retrete...

Tuvo un momento de vacilación, sin comprender, luego se levantó y me indicó la puerta. Meé largamente, me imaginé luego que podría vomitar y me agoté en una serie de esfuerzos inútiles, metiéndome dos dedos en la garganta y tosiendo con un ruido horrible. Sin embargo aquello me alivió un poco, volví a la habitación en la que se encontraban los otros dos. Permanecí en pie, más bien incómodo, e inmediatamente dije:

-He reflexionado sobre su problema, pero, antes que nada, me gustaría hacerles una pregunta.

Sus juegos fisionómicos me permitieron darme cuenta de que, por muy sorprendidos que estuviesen, «mis dos amigos» me escucharían con atención:

-Creo que tengo fiebre -tendí a Lazare mi mano ardiente.

-Sí -me dijo Lazare con cierto hastío-, debería usted volver a casa y meterse en la cama.

-No obstante, hay algo que querría saber: si la clase obrera se ha ido a la mierda, ¿por qué siguen ustedes siendo comunistas... o socialistas?... como prefieran...

Ellos me miraron fijamente. Luego, se mi raron uno a otro. Por último Lazare respondió, apenas pude oída:

-Pase lo que pase debemos estar al lado de los oprimidos.

Yo pensé: es cristiana. ¡Naturalmente!... y yo vengo aquí... Estaba fuera de mí, no podía más de vergüenza...

-¿En nombre de qué «debemos»? ¿Con qué objeto?

-Al menos siempre se podrá salvar su alma -dijo Lazare.

Dejó caer la frase sin moverse, sin levantar siquiera la mirada. Me infundió el sentimiento de una convicción. inconmovible.

Yo me sentí palidecer; sentía de nuevo grandes náuseas... Insistí, no obstante:

-Pero, ¿y usted, señor?

-Oh... -dijo el señor Melou, perdidos los ojos en la contemplación de sus finos dedos-, comprendo harto bien esa perplejidad suya. Yo mismo estoy perplejo, te-rri-ble-men-te perplejo... Tanto más cuanto... acaba usted de esbozar en pocas palabras un aspecto imprevisto del problema... ¡Oh, oh! -sonrió en su luenga barba-, he aquí algo te-rri-ble-men-te interesante. Pues, en efecto, querida niña: ¿por qué somos aún socialistas... o comunistas?.. Sí, ¿por qué?...

Pareció entonces abismarse en una meditación imprevista. Desde lo alto de su busto inmenso dejó caer, poco a poco, una cabecita largamente barbuda. Vi sus rodillas angulosas. Tras un silencio molesto abrió unos brazos interminables y,

tristemente, los alzó:

-Así están las cosas, somos como un campesino que labrara su tierra para la tormenta que se avecina. Pasearía, sin duda, por sus campos con la cabeza baja... Sabría que el pedrisco era inevitable...
....
....

-Entonces... cuando el momento se acerca... se coloca delante de su cosecha y, como yo mismo ahora -sin transición, el absurdo, el ridículo personaje se volvió sublime, de pronto su voz aflautada, su voz suave tenía algo helador- elevará en vano sus brazos al cielo... esperando que el rayo le aniquile... a él y a sus brazos.

Una vez pronunciadas estas palabras dejó caer sus propios brazos. Se había convertido en la imagen perfecta de una desesperación infinita.

Lo comprendí. Si no me iba volvería a llorar: yo mismo, como por contagio, tuve un gesto de desaliento, me fui, diciendo casi en voz baja:

-Hasta la vista, Lazare.

Luego, en mi voz se filtró una simpatía imposible:

-Hasta la vista, señor.

Llovía a cántaros, yo no tenía ni sombrero ni abrigo. Me figuré que el camino no sería largo. Anduve durante cerca de una hora, incapaz de detenerme, aterido por toda el agua que había empapado mi pelo y mi ropa.

5

Al día siguiente, aquella escapada a una realidad demente había huido ya de mi memoria. Me desperté sobrecogido. Estaba sobrecogido por el miedo que acababa de sentir en sueños, me sentía perdido, ardía de fiebre... No toqué siquiera el desayuno que mi suegra dejó en la cabecera. Persistían mis deseos de vomitar. Puede decirse que no habían cesado desde la antevíspera. Mandé comprar una botella de champán malo. Bebí un vaso helado: unos minutos más tarde me levanté para ir a vomitar. Tras el vómito volví a la cama, sentía un leve alivio, pero la náusea no tardó en reaparecer. Era presa de temblores y de castañeteos de dientes: evidentemente estaba enfermo, sufría de mala manera. Volví a hundirme en una especie de somnolencia atroz: todas las cosas empezaron como a descolgarse, eran cosas oscuras, repulsivas, in,.. formes, que hubiera sido necesario de todo punto volver a fijar; no había modo alguno de hacerlo. Mi existencia se deshilachaba como una materia putrefacta... Vino el médico, me examinó de los pies a la cabeza. Por último decidió volver con otro; de su forma de hablar deduje que tal vez fuera a morir (sufría de forma atroz, notaba en mí algo bloqueado y sentía una violenta necesidad de que me fuera concedida una tregua: así que no tenía las mismas ansias de morir que los otros días). Tenía una gripe complicada con algunos síntomas pulmonares bastante graves: inconscientemente me había expuesto al frío la víspera, bajo la lluvia. Pasé tres días en un estado horrible. Con excepción de mi suegra, de la doncella y de los médicos, no vi a nadie. Al cuarto día estaba peor, no había bajado la fiebre. Sin saber que estaba enfermo, Xénie me telefoneó: le dije que no salía de la habitación y que podía venir a verme. Llegó un cuarto de hora más tarde. Era más sencilla de lo que me la había imaginado: era incluso muy ¡sencilla. Después de los fantasmas entrevistos en la rue de Turenne, me parecía humana. Mandé traer una botella de vino blanco, explicándole a duras penas que me complacería mucho verla beber vino -dado mi gusto por ella y por el vino- yo no podía beber más que caldo de legumbres o zumo de naranja. Ella no tuvo reparo alguno en beber el vino. Le dije que la noche en que estaba ebrio había bebido porque me sentía muy desgraciado.

Ya se había dado cuenta, me decía.

-Bebía usted como si hubiese querido morir. Lo más rápido posible. Bien hubiera deseado... pero no me gusta impedir que se beba, y además, yo también había bebido.

Su parloteo me agotaba. Sin embargo, me obligó a salir un poco de la postración. Me asombraba que la pobre muchacha hubiera comprendido tan bien, pero, en lo concerniente a mí, nada podía hacer, incluso admitiendo que, más tarde, escapase a la enfermedad. Tomé su mano, la atraje hacia mí y la pasé lentamente por mi mejilla para que le picase la barba áspera que me había crecido durante los últimos cuatro días.

Le dije riendo:

-Imposible besar a un hombre tan mal afeitado.

Atrajo mi mano y la besó largamente. Me sorprendió. No supe qué decir. Intenté explicarle entre risas -hablaba muy bajo, como los que están muy enfermos: me dolía la garganta:

-¿Por qué me besas la mano? Lo sabes de sobra. En el fondo soy innoble.

Hubiera llorado ante la idea de que ella no podía hacer nada. Yo tampoco podía superar nada.

Ella, sencillamente, me respondió:

-Lo sé. Todo el mundo sabe que lleva usted una vida sexual anormal. Yo, lo que he pensado es que, sobre todo, debía ser usted muy desgraciado. Yo soy muy tonta, muy risueña. Sólo tengo bobadas en la cabeza, pero desde que le conozco y he oído hablar de sus costumbres, he empezado a pensar que las gentes que tienen costumbres innobles... como usted... probablemente sea que sufren.

La miré largamente. Ella lo hacía también sin decir nada. Vio que, a mi pesar, las lágrimas me saltaban de los ojos. No era muy bella, pero sí conmovedora y sencilla: nunca hubiera pensado que fuese tan verdaderamente sencilla. Le dije que la quería mucho, que para mí todo se volvía irreal: tal vez no fuese innoble --en definitiva-, pero sí era un hombre perdido. Mejor sería que entonces muriese como deseaba. Estaba tan agotado por la fiebre, y por un horror profundo, que apenas podía explicarle nada; por lo demás, yo mismo tampoco comprendía nada...

Entonces me dijo, con una brusquedad casi demente:

-No quiero que se muera. Yo le cuidaré. Me hubiera gustado tanto ayudarle a vivir.

Intenté hacerla atender a razones:

-No. Tú no puedes hacer nada por mí, nadie puede ya...

Se lo dije con tal sinceridad, con tan evidente desesperanza, que ambos permanecimos silenciosos. Ella misma no se atrevió ya a decir nada. En aquel momento, su presencia me resultaba desagradable.

Tras aquel largo silencio una idea comenzó a agitarme interiormente, una idea estúpida, cargada de odio, como si, de pronto, de ella dependiera mi vida, o, quizá, a la sazón, algo más que la vida. Entonces, consumido por la fiebre, le dije con una exasperación enloquecida:

-Escúchame, Xénie -comencé a perorar y, sin razón alguna, estaba fuera de mí- te has mezclado con la agitación literaria, has debido leer a Sade, has debido encontrar a Sade formidable, como los demás. Los que admiran a Sade son unos estafadores -¿me oyes?- unos estafadores...

Ella me miraba en silencio, no se atrevía a decir nada. Proseguí.

-Me excito, estoy rabioso, agotado, las frases se me escapan... ¿Pero, por qué han hecho eso con Sade?

Grité, casi:

-¿Habían comido ellos mierda, sí o no?

Era tan loca mi rabia, de pronto, que pude incorporarme y, con mi voz rota, me desgañité entre toses:

-Los hombres son ayudas de cámara... Si hay uno que tiene aspecto, de señor, hay muchos más que revientan de vanidad... pero... aquellos a los que nada doblega están en las cárceles o bajo tierra... y la cárcel o la muerte para unos... significa la esclavitud para todos los demás...

Xénie apoyó suavemente su mano sobre mi frente:

-Henri, te lo suplico -se convertía entonces, inclinada sobre mí, en una especie de hada doliente y la insólita pasión de su voz, casi baja, me quemaba- deja de hablar... estás demasiado febril aún para hablar...

Extrañamente, mi mórbida excitación dejó paso a un relajamiento: el sonido extraño de su voz que me embargaba me había colmado de un torpor casi dichoso. Miré a Xénie durante bastante tiempo, sin decir nada, sonriendo: vi que llevaba un vestido de seda azul marino con un cuello blanco, medias claras y zapatos blancos; su cuerpo era esbelto y parecía bonito bajo aquel vestido; su rostro era fresco debajo de los cabellos negros y bien peinados. Sentía estar enfermo.

Le dije sin hipocresía:

-Me gustas mucho hoy. Te encuentro guapa, Xénie. Cuando me has llamado *Henri,* hablándome de *tú,* me ha parecido excelente.

Ella pareció feliz, loca de alegría y sin embargo, loca de inquietud. En su turbación se puso de rodillas cerca de mi cama y me besó en la frente; yo introduje mi mano entre sus piernas por debajo de la falda... No me sentía menos agotado, pero ya no sufría. Llamaron a la puerta y la vieja sirvienta entró sin esperar respuesta: Xénie se puso en pie lo más de prisa que pudo. Fingió mirar un cuadro, tenía el aspecto de una loca, de una idiota, incluso. La sirvienta también pareció una idiota: traía el termómetro y una taza de caldo. Yo me sentía deprimido por la estupidez de la vieja, sumido de nuevo en la postración. Durante el instante anterior, los muslos desnudos de Xénie eran un frescor en mi mano; ahora todo vacilaba. Hasta mi memoria vacilaba: la realidad estaba rota en pedazos. Nada me quedaba salvo la fiebre, en mí la fiebre consumía la vida. Yo mismo introduje el termómetro, sin tener el valor de pedirle a Xénie que se volviese. La vieja se. había ido. Estúpidamente Xénie me vio hurgar debajo de las mantas, hasta el momento en que el termómetro entró. Yo creo que la desdichada tuvo ganas de reír al mirarme, pero las ganas de reír acabaron de torturada. Adoptó un aire de desconcierto: permanecía frente a mí, de pie, descompuesta, despeinada, completamente roja; la turbación sexual también se leía en su rostro.

Me había subido la fiebre desde el día anterior. Me daba igual. Sonreía, pero, visiblemente, mi sonrisa era malévola. Era tan penoso incluso de ver, que la otra, cerca de mí, ya no sabía qué cara poner. A su vez, acudió mi suegra para saber qué fiebre tenía: le conté sin responder que Xénie, a la que conocía desde hacía tiempo, se quedaría allí para cuidar de mí. Podía acostarse en la habitación de Edith si así lo deseaba. Lo dije con asco y al punto me puse de nuevo a sonreír malignamente, mirando a las dos mujeres.

Mi suegra me odiaba por todo él daño que había hecho a su hija; por añadidura, solía sufrir considerablemente siempre que se faltaba a las formas. Preguntó:

-¿No quiere que telegrafíe a Edith diciéndole que venga?

Yo respondí, con la voz enronquecida, desde lo alto de toda la indiferencia de un hombre que domina tanto más la situación cuanto peor está:

-No. No quiero. Xénie puede dormir ahí si lo desea.

Xénie, en pie, casi temblaba. Apretó fuertemente su labio inferior entre los dientes para no llorar. Mi suegra estaba ridícula. Tenía cara de circunstancias. Sus ojos perdidos se agitaban de indignación y ello armonizaba muy poco con su apática forma de caminar. Por último, Xénie balbuceó que iba a buscar sus cosas: se fue de la

habitación sin decir una palabra, sin dirigirme siquiera una mirada, pero comprendí que trataba de reprimir sus sollozos.

Le dije riendo a mi suegra:

-Que se vaya al diablo si quiere.

Mi suegra se precipitó a acompañar a Xénie a la puerta. Yo no sabía si Xénie me habría oído o no.

Yo era el detritus que todos pisoteaban y a mi propia maldad venía a sumarse la de la suerte. Había atraído la desgracia sobre mi cabeza y allí reventaba; estaba solo, era cobarde. Había prohibido que se avisase a Edith. Al punto sentí abrirse en mí un negro agujero, comprendiendo perfectamente que nunca más podría apretada contra mi pecho. Llamaba a mis niños con toda la ternura de la que era capaz: no vendrían. Mi suegra y la vieja ama estaban allí, cerca de mí: ciertamente tenían toda la pinta, la una y la otra, de lavar un cadáver, y atarle la boca para impedir su cómica apertura. Estaba cada vez más irritable; mi suegra me puso una inyección de aceite alcanforado, pero la aguja estaba vieja y aquella inyección me hizo mucho daño: no era nada, pero tampoco había nada que yo pudiese esperar aparte de aquellos infames pequeños horrores. Luego, todo se iría, incluso el dolor, y el dolor era entonces en mí lo que aún quedaba de una vida tumultuosa... Yo presentía algo vacío, algo negro, algo hostil, gigantesco..., pero ya no era yo... Llegaron los médicos, no salí de la postración. Podían escuchar o palpar lo que quisiesen. Sólo me restaba soportar el sufrimiento, el asco, la abyección, soportar hasta mucho más lejos de cuanto podía esperar. No dijeron prácticamente nada; ni siquiera trataron de arrancarme palabras baldías. Al día siguiente por la mañana, volverían, pero yo tenía que disponer lo necesario. Debía telegrafiar a mi mujer. No me encontraba ya en situación de negarme.

6

El sol entraba en mi habitación, iluminaba directamente la colcha rojo vivo de mi cama, abierta la ventana de par en par. Aquella mañana, una actriz de opereta cantaba en su casa, con las ventanas abiertas, a plena voz. Reconocí, a pesar de la postración en que me hallaba, el aria de Offenbach de *La Vie parisienne.* Las frases musicales rodaban y estallaban de felicidad en su joven garganta. Era:

Vous souvient-il ma belle
D'un homme qui s' appelle
Jean-Stanislas, baron de Frascata?[2]

En el estado en que me encontraba, creía estar oyendo la irónica respuesta a un interrogante que se precipitaba en mi cabeza, abocada a la catástrofe. La bella demente (alguna vez la había visto, la había incluso deseado) seguía con su canto, aparentemente sublevada por una viva exultación:

En la saison derniere,
Quelqu'un, sur ma priere,
Dans un gran bal a vous me présenta!
le vous aimai, moi, cela va sans dire!
M'aimates-vous? je n'en crus jamais rien[3]

---

[2] ¿Recuerda usted, hermosa mía, / A un hombre que se llama / Jean-Stanislas, barón de Prascata? (N. del T.)

Al escribirlo hoy, una punzante alegría me ha subido la sangre a la cabeza, tan loca que a mí también me gustaría cantar.

Aquel día, Xénie, que en la desesperación en que mi actitud la había sumido, había resuelto venir a pasar al menos la noche a mi lado, iba a entrar de un momento a otro en aquella habitación inundada de sol. Yo oía el ruido de agua que ella hacía en el cuarto de baño. La joven tal vez no había comprendido mis últimas palabras. No me importaba en absoluto. La prefería a mi suegra -al menos, podía, por un instante, distraerme a su costa... Me paralizó la idea de que tal vez hubiera de pedirle el orinal: me importaba un bledo producirle asco, pero mi situación me avergonzaba; verme reducido a hacer aquello en mi cama gracias a los buenos oficios de una mujer atractiva, y el hedor, desfallecía (en aquel momento, la muerte llegaba a asquearme hasta el pavor; y, sin embargo, tendría que haberme apetecido). La noche anterior Xénie había vuelto con una maleta, yo había hecho una mueca, había gruñido sin despegar los dientes. Había fingido estar extenuado hasta el punto de no poder articular ni una sola palabra. En mi exasperación había terminado incluso por contestarle, poniendo en mis gestos menos cuidado. Ella no lo había notado. De un momento a otro iba a entrar: ¡se figuraba que para salvarme se necesitaban los cuidados de una enamorada! Cuando llamó a la puerta, yo había conseguido sentarme (me parecía que, al menos provisionalmente, ya no estaba tan mal). Respondí: *¡Adelante!* con una voz casi normal, incluso con una voz casi solemne, como si estuviese interpretando un papel.

Al veda añadí, en voz menos alta, con el tragicómico tono de la decepción:

-No, no es la muerte... sólo la pobre Xénie...

La encantadora muchacha miró entonces a su supuesto amante con los ojos como platos. Sin saber qué hacer, cayó de rodillas ante mi cama...

Protestó suavemente:

-¿Por qué eres tan cruel? Me hubiera gustado tanto ayudarte a sanar.

-Pues a mí me gustaría -le repuse con una amabilidad convencional-, que, de momento, me ayudases sencillamente a afeitarme.

-Tal vez te fatigues. ¿No puedes quedarte así?

-No. Un muerto mal afeitado no es presentable.

-¿Por qué quieres hacerme daño? Tú no vas a morir, no. No puedes morir...

-Imagínate lo mal que lo paso mientras tanto.. .

»Si cada cual lo pensase antes... Pero cuando esté muerto, Xénié, podrás besarme como quieras, ya no sufriré más, ya no seré odioso. Seré tuyo por entero...

-¡Henri! Me haces un daño tan atroz que ya no sé cuál de nosotros dos es el que está enfermo... Sabes, no serás tú el que muera, estoy segura, seré yo, me has metido la muerte en la cabeza, como si nunca más fuese a salir de allí.

Pasó un poco de tiempo. Yo me iba quedando vagamente ausente.

-Tenías razón. Estoy demasiado agotado para poderme afeitar solo, aunque me ayuden. Habrá que telefonear al barbero. No tienes que enfadarte, Xénie, cuando digo que podrás besarme... Es como si me hablase a mí mismo. Sabes que siento una viciosa afición por los cadáveres...

Xénie se había quedado de rodillas, todavía a un paso de mi lecho, con aire desamparado y así era como me veía sonreír.

Por fin, bajó la cabeza y me preguntó en vozbbaja: .

-¿Qué quieres decir? Te lo suplico, ahora debes decírmelo todo, porque tengo miedo, mucho miedo...

---

[3] ¡En la última temporada / Alguien, a ruego mío, / En un gran baile, a usted me presentó! / ¡Yo la amaba, no hace falta decido! / ¿Me amaba usted? Nunca lo hubiera creído. (N. del T.)

Yo me reía. Iba a contarle lo mismo que a Lazare. Pero aquel día era más extraño. De pronto, pensé en mi sueño: en un destello, surgía cuanto había amado a lo largo de mi vida, como un cementerio de tumbas blancas bajo una luminosidad lunar, bajo una luminosidad espectral; en el fondo, aquel cementerio no era más que un burdel; el mármol funerario estaba vivo, en algunos sitios era *peludo...*

Miré a Xénie. Pensé con terror infantil: *¡maternal!* Xénie daba visibles muestras de sufrimiento. Dijo:

-Habla... Ahora... Habla... Tengo miedo, me estoy volviendo loca...

Quería hablar y no podía. Me esforcé:

-Entonces sería necesario que te contase toda mi vida.

-No, habla..., dime sencillamente algo... pero no me mires más sin decir nada...

-Cuando murió mi madre...

(Ya no tenía fuerza para hablar. Bruscamente lo recordaba: a Lazare había temido decirle «mi madre»; en mi vergüenza, le había dicho: «una mujer de edad».)

-¿Tu madre?.. Habla...

-Había muerto aquel día. Dormí en su casa con Edith.

-¿Tu mujer?

-Mi mujer. Lloré interminablemente, a gritos. Yo... Por la noche, estaba acostado al lado de Edith, que dormía...

Una vez más me faltaban las fuerzas para hablar. Me compadecía a mí mismo, si hubiera podido me habría tirado al suelo, habría chillado, habría gritado pidiendo socorro, sobre la almohada tenía tan poco aliento como un moribundo... primero se lo había contado a Dirty, luego a Lazare... a Xénie, habría tenido que implorar compasión, habría tenido que arrojarme a sus pies... No podía hacerlo, pero la despreciaba con todo mi corazón. De forma estúpida ella seguía gimiendo y suspirando.

-Habla... Ten compasión de mí... Háblame...

-...Estaba descalzo, andaba por el pasillo temblando... Estaba tembloroso de miedo y de excitación delante del cadáver, en el paroxismo... Estaba en trance... Me quité el pijama... Me... Ya sabes...

Tan enfermo como estaba, sonreía. Con los nervios destrozados, ante mí, Xénie bajaba la cabeza. Apenas se movió..., y convulsivamente, pasaron unos segundos inacabables; por fin, cedió, se dejó caer y su cuerpo inerte se extendió por el suelo.

Yo deliraba y pensaba: es odiosa, se acerca el momento, llegaré hasta el final. Me deslicé penosamente hasta el borde de la cama. Tuve que realizar un largo esfuerzo. Saqué un brazo, cogí el borde de su falda y se la subí. Ella profirió un grito terrible, pero sin moverse: se estremeció. Emitía un estertor, la mejilla sobre la alfombra, abierta la boca.

Yo estaba enloquecido. Le dije:

-Estás aquí para hacer de mi muerte algo más sucio. Ahora desnúdate: será como si reventase en un burdel.

Xénie se irguió, apoyándose en las manos; recuperó su voz ardiente y grave:

-Si sigues con esta comedia -me dijo- ya sabes cómo acabará.

Se levantó y, lentamente, fue a sentarse sobre el alféizar de la ventana: me miraba, sin temblar.

-Ya lo ves, voy a dejarme caer... hacia atrás.

Y comenzó, efectivamente, el movimiento que, de llegar a su fin, la habría proyectado al vacío. .

Por muy odioso que yo pueda ser, aquel movimiento me hizo daño y sumó el vértigo a todo lo que ya se iba hundiendo en mi interior. Me erguí. Me sentía oprimido; le dije:

-Vuelve. Bien lo sabes. Si no te amase, nunca habría sido tan cruel. Tal vez haya querido sufrir un poco más.

Ella se bajó sin prisa. Parecía ausente, marchitado el rostro por el cansancio. .

Yo pensé: voy a contarle la historia de Krakatoa. Por entonces había una fuga en mi cabeza, todo lo que pensaba huía de mí. Quería decir una cosa y, de inmediato, ya nada tenía que decir... La vieja criada entró llevando en una bandeja el desayuno de Xénie. Lo depositó sobre un pequeño velador. Al mismo tiempo me traía un vaso grande de zumo de naranja, pero yo tenía las encías y la lengua hinchadas, tenía más miedo que ganas de beber. Xénie se sirvió la leche y el café. Yo tenía el vaso en la mano, queriendo beber, no podía decidirme. Ella vio que me impacientaba. Tenía un vaso en la mano y no bebía. Era un absurdo evidente. Xénie, al vedo, quiso al punto ayudarme. Se precipitó, pero lo hizo con tanta torpeza que, al levantarse, tiró el velador y la bandeja: todo se vino abajo con un estruendo de vajilla que se rompe. Si en aquel momento la pobre muchacha hubiese sido capaz de la menor reacción, podía haber saltado fácilmente por la ventana. Su presencia a mi cabecera se volvía más absurda a cada momento que pasaba. Ella sentía que tal presencia era injustificable. Se inclinó, recogió los trozos dispersos y los dispuso sobre la bandeja: de aquella forma podía disimular su rostro y yo no veía (pero adivinaba) la angustia que la descomponía. Por último, enjugó la alfombra, inundada de café con leche, utilizando para ello una toalla. Yo le dije que llamase a la criada, que le traería otro desayuno. Ella no contestó, no levantó la cabeza. Yo veía que ella no podía pedirle nada a la criada, pero no podía quedarse sin tomar nada.

Le dije:

-Abre el armario. Verás una caja de hojalata en la que debe haber pastas. Debe haber una botella de champán casi llena. Estará caliente, pero si quieres...

Ella abrió el armario y, dándome la espalda, empezó a comer pastas; luego, como tenía sed, \ se sirvió un vaso de champán, bebiéndoselo rápidamente; volvió a comer algo a toda prisa y se sirvió un segundo vaso, luego cerró el armario. Acabó de orden arlo todo. Estaba despavorida, sin saber ya qué hacer.' Había que ponerme una inyección de aceite alcanforado; se lo dije. Fue a hacer los preparativos al cuarto de baño y a pedir lo necesario en la cocina. Unos minutos más tarde volvió con una jeringuilla llena. Dificultosamente conseguí apoyarme sobre el vientre y tras haber bajado el pantalón de mi pijama le ofrecí una nalga. No sabía lo que había que hacer, me dijo.

-Entonces -le dije-, me vas a hacer daño. Tal vez fuera mejor decírselo a mi suegra...

Sin esperar más, clavó resueltamente la aguja. Era imposible hacerlo mejor. La presencia de aquella mujer que me había hundido la aguja en la nalga me iba desconcertando cada vez más. Conseguí darme la vuelta, no sin dolor. No sentía el menor pudor; me ayudó a subirme el pantalón. Yo deseaba que siguiese bebiendo. Me sentía menos mal. Haría mejor -le dije- si cogía del armario la botella y un vaso, los ponía a su lado y bebía.

Ella se limitó a decirme:

-Como quieras.

Yo pensé: si sigue, si bebe, le diré *acuéstate* y se acostará, *lame la mesa* y la lamerá... Iba a tener una muerte bonita. No había nada que me fuera odioso: profundamente odioso.

Le pregunté a Xénie:

-¿Conoces una canción que empieza por: *He soñado con una flor?*

-Sí. ¿Por qué?

-Desearía que me la cantases. Te envidio por poder tragar incluso champán malo. Bebe un poco más. Hay que acabar la botella.

-Cómo quieras.

Y bebió a largos tragos.

Proseguí:

-¿Por qué no habrías de cantar?

-¿Por qué *He soñado con una flor?...*
-Porque...
-Entonces. Eso u otra cosa...
-¿Vas a cantar, verdad? Mira, te beso la mano. Eres muy buena.

Ella cantó, resignada. Estaba de pie, las manos vacías, tenía los ojos fijos en la alfombra:

J'ai rêvé d'une fleur
Qui ne mourrait jamais.
J'ai rêvé d'un amour
Qui durerait toujours[4]

Su voz grave se elevaba con mucha pasión y entrecortaba las últimas palabras, para acabar, con angustiosa languidez:

Pourquoi faut-il, hélas, que sur la Terre
Le bonheur et les fleurs soient toujours éphémeres? [5]
....
También le dije:
-Podrías hacer algo por mí.
-Haré lo que quieras.
-Hubiese sido bello que hubieras cantado desnuda delante de mí.
-¿Cantado desnuda?
-Vas a beber un poco más. Cerrarás la puerta con llave. Te haré sitio cerca de mí, en la cama. Ahora, desnúdate. .
-Pero es una insensatez.
-Me lo has dicho. Harás lo que yo quiera. La miré sin decir nada más, como si la hubiera amado. Bebió una vez más, lentamente.
Me miraba. A continuación se quitó el vestido. Era de una sencillez casi loca. Se sacó la camisa sin vacilar. Yo le dije que cogiese en el fondo de la habitación, en el vestidor donde estaba colgada la ropa, una bata de mi mujer. Podría ponérsela rápidamente si llegaba el caso, si alguien acudía: conservaría sus medias y zapatos; habría de esconder el vestido y la camisa que se acababa de quitar.
También dije:
-Me hubiera gustado verte cantar una vez más. Luego te echarás a mi lado.
Al final estaba turbado, tanto más cuanto que tenía el cuerpo más fresco y bonito que la cara.
Se lo dije de nuevo, y esta vez en voz muy baja. Fue como una especie de súplica. Me incliné hacia ella. Simulé un amor ardoroso en mi voz trémula.
-Por compasión, canta de pie, canta a pleno pulmón. ..
-Si así lo quieres... -dijo.
La voz, se contraía en su garganta, debido a la turbación que le causaban el amor y la sensación de estar desnuda. Las frases de la canción fueron un arrullo en la habitación y todo su cuerpo pareció inflamarse. Un impulso, un delirio parecía perderla y bambolear aquella cabeza ebria que cantaba. ¡Oh, demencia! Lloraba al avanzar locamente desnuda hacia mi lecho -que yo creía un lecho de muerte-. Cayó de rodillas, cayó delante de mí para esconder sus lágrimas en las sábanas.
Yo le dije:
-Echate cerca de mí y no llores más... Ella respondió:
-Estoy borracha.

---
[4] He soñado con una flor / Que nunca muriese. / He soñado con un amor / Que durase por siempre. (N. del T.)
[5] Ay, ¿por qué es necesario que en la Tierra / La felicidad y las flores sean siempre efímeras? (N. del T.)

La botella estaba vacía sobre la mesa. Ella se acostó. Seguía llevando los zapatos. Se extendió con el trasero al aire, hundiendo la cabeza en el travesaño. Qué extraño era hablarle al oído, con una ardiente ternura que ordinariamente no suele encontrarse más que por la noche.

Le decía muy bajo:

-No llores más, pero necesitaba que te volvieses loca, lo necesitaba para no morir.

-¿No morirás, me dices la verdad?

-Ya no quiero morir. Quiero vivir contigo... Cuando te has subido al alféizar de la ventana, he tenido miedo de la muerte. Pienso en la ventana vacía... he tenido un miedo terrible... tú... y luego yo... dos muertos... y la habitación vacía.

-Espera, voy a cerrar la ventana si quieres.

-No. Es inútil. Quédate a mi lado, un poco más cerca... quiero sentir tu aliento.

Ella se acercó a mí, pero su boca olía a vino. Me dijo:

-Estás ardiendo.

-Me siento peor -repliqué-, tengo miedo de morir... He vivido en la obsesión del miedo a la muerte y ahora... no quiero volver a ver esa ventana abierta, da vértigo... eso es.

Xénie, al punto, se abalanzó.

-Puedes cerrada, pero vuelve... vuelve en seguida...

Todo se enturbiaba. A veces, asimismo, un sueño irresistible vence. Inútil hablar. Las frases están ya muertas, inertes, como en los sueños...

Yo balbuceé:

-No puede entrar...

-¿Entrar, quién?

-Tengo miedo...

-¿De quién tienes miedo?

-De Frascata...

-¿Frascata?

-Que no, soñaba. Hay otra persona...

-No será tu mujer...

-No. Edith no puede llegar... es demasiado temprano.. .

-¿Pero quién más, Henri, de quién me hablabas? Tienes que decírmelo... me asusto... sabes que he bebido demasiado...

Tras un penoso silencio, pronuncié: -¡Nadie llega!

De pronto, una sombra atormentada cayó del cielo luminoso. Se agitó restallando en el hueco de la ventana. Contraído, me replegué sobre mí mismo temblando. Era una alfombra larga lanzada desde el piso superior: por un breve instante había temblado. En mi torpor había llegado a creerlo: aquel a quien yo llamaba el «Comendador» había entrado. Acudía cuantas veces le invitase. La propia Xénie había tenido miedo. Como yo, sentía aprensión por una ventana sobre la que acababa de sentarse con la idea de arrojarse desde ella. En el momento de la irrupción de la alfombra no había gritado... se había hecho un ovillo contra mí, estaba pálida, su mirada era la de una loca.

Yo perdía pie.

-Está demasiado oscuro...

...Xénie, tumbada junto a mí, se estiró... tuvo entonces la apariencia de una muerta... estaba desnuda... tenía pálidos senos de prostituta... una nube de hollín ennegrecía el cielo... ocultaba en mí el cielo y la luz... un cadáver a mi lado, ¿iría a morir?

...Hasta aquella misma comedia se me escapaba... era una comedia...

La Historia de Antonio

1

Pocas semanas más tarde, había llegado incluso a olvidar mi enfermedad. Me encontré con Michel en Barcelona. Súbitamente me hallé delante de él. Sentado en una mesa de La Criolla. Lazare le había dicho que me iba a morir. La frase de Michel me recordaba un pasado penoso.

Pedí una botella de coñac. Empecé a beber, llenando el vaso de Michel. No tardé demasiado en estar borracho. Hacía tiempo que conocía la atracción de La Criolla. Para mí no tenía ningún encanto. Un muchacho vestido de mujer hacía un número de baile en la pista: llevaba un traje de noche cuyo escote le llegaba hasta las nalgas. Los taconazos del baile español retumbaban sobre el suelo...

Experimenté un profundo malestar. Miraba a Michel. El no estaba acostumbrado al vicio. Michel era tanto más torpe cuanto más borracho iba estando: se agitaba en su silla.

Yo estaba muy molesto. Le dije:

-Me gustaría que te viera Lazare... ¡en un tugurio!

Me interrumpió, sorprendido:

-Pero si Lazare venía con mucha frecuencia a La Criolla.

Me volví inocentemente hacia Michel, como desconcertado.

-Te digo que sí, el año pasado Lazare estuvo en Barcelona y a menudo solía pasar la noche en La Criolla. ¿Qué tiene eso de extraordinario?

Efectivamente, La Criolla es una de las curiosidades más conocidas de Barcelona.

Sin embargo, yo pensaba que Michel estaba bromeando. Se lo dije: aquella broma era absurda, la sola idea de Lazare me ponía enfermo. Sentía subir en mí la cólera insensata que contenía.

Grité, estaba loco, había cogido la botella en la mano:

-Michel, si Lazare estuviese delante mío, la mataría. .

Otra bailarina -otro bailarín- hizo su aparición en la pista entre carcajadas y chillidos. Llevaba una peluca rubia. Era bello, repugnante, ridículo.

-Quiero pegarle, golpearla...

Era tan absurdo que Michel se levantó. Me cogió por el brazo. Tenía miedo: yo perdía toda compostura. El también estaba borracho. Adoptó un aire extraviado al volver a derrumbarse sobre su silla.

Me tranquilicé mirando al bailarín de la cabellera solar.

-¡Lazare! No es ella la que se ha portado mal, gritó Michel. Por el contrario, ella me dijo que la habías maltratado violentamente; de palabra...

-Ella te lo ha dicho.

-Pero no te guarda rencor.

-No me vuelvas a decir que ha venido a La Criolla. ¡Lazare a La Criolla!...

-Ha venido aquí varias veces, conmigo: se interesó mucho por esto. No quería irse. Debía estar sofocada. Nunca me habló de las tonterías que le dijiste.

Yo casi me había calmado:

-Ya te lo contaré en otra ocasión. ¡Vino a verme en un momento en que yo estaba a punto de morir! ¿No me guarda rencor?... Pues yo no se lo perdonaré jamás. ¡Jamás! ¿Me oyes? Bueno, ¿vas a decirme ya lo que venía a hacer a La Criolla?... ¿Lazare?..

No me podía imaginar a Lazare sentada allí mismo donde yo estaba, ante un espectáculo escandaloso. Estaba embrutecido. Tenía la sensación de haber olvidado algo -que sin duda sabía en el instante anterior, que absolutamente hubiera debido

recuperar. Habría deseado hablar, con mayor entereza, hablar más fuerte; tenía consciencia de una perfecta impotencia. Estaba acabando de emborracharme.

Michel, con la preocupación, se volvía aún más torpe. Sudaba. copiosamente, era desgraciado. Cuanto más reflexionaba, más extraviado se sentía.

-Quise torcerle una muñeca -me dijo.

-...

-Un día... aquí mismo...

Yo sentía una gran opresión, habría estallado.

En medio de la barahunda. Michel prorrumpió en carcajadas:

-¡Tú no la conoces! ¡Me pedía que le clavase alfileres en la piel! ¡Tú no la conoces! Es intolerable.. .

-¿Por qué alfileres?

-Quería entrenarse...

Yo grité:

-¿Entrenarse a qué?

Michel se rió aún con más ganas.

-A soportar las torturas...

De pronto, recuperó la gravedad, torpemente, como podía. Quiso adoptar un aire apresurado, cobrando un aire estúpido. Al punto se puso a hablar. Se enrabiaba:

-Hay otra cosa que es absolutamente necesario que sepas. Ya lo sabes, Lazare fascina a quienes la oyen. Les parece no ser de este mundo. Hay gentes aquí, obreros, a los que conseguía incomodar. Ellos la admiraban. Luego, se la encontraban en La Criolla. Aquí, en La Criolla, parecía una aparición. Sus amigos, sentados a la misma mesa, estaban horrorizados. No podían comprender que se encontrase allí. Un día, uno de ellos, harto, se puso a beber... Estaba fuera de sí; hizo como tú, pidió una botella. Bebía vaso tras vaso. Yo pensé que se acostaría con ella. Ciertamente habría podido matarla, habría preferido que le matasen por ella, pero nunca le habría pedido que se acostase con él. Ella le seducía y nunca hubiese comprendido si yo hubiera hablado de su fealdad. Pero, a sus ojos, Lazare, era una santa. Y, además, debía seguir siéndolo. Era un mecánico muy joven que se llamaba Antonio.

Yo hice lo que había hecho el joven obrero; vacié mi vaso y Michel, que raramente bebía, se puso a mi altura. Entró en un estado de extrema agitación. Yo estaba ante el vacío, bajo una luz que me cegaba, ante una extravagancia que nos superaba.

Michel enjugó el sudor de sus sienes. Prosiguió:

-Lazare estaba irritada al ver cómo bebía. Le miró a los ojos y le dijo: «Esta mañana le he dado un papel para que lo firmase y usted lo ha firmado sin leerlo.» Hablaba sin la menor ironía. Antonio repuso: «¿Qué más da?» Lazare replicó: «¿Pero y si le hubiese dado a firmar una profesión ,de fe fascista?» Antonio, a su vez, miró fijamente a Lazare. Estaba fascinado, pero fuera de sí. Respondió lentamente: «La mataría.» Lazare le dijo: «¿Lleva un revólver en el bolsillo?» El contestó: «Sí.» Lazare dijo: «Salgamos.»-Salimos. Quería un testigo.

Acabé por respirar mal. Le pedí a Michel, que perdía su ímpetu, que continuase de inmediato. De nuevo se secó el sudor de la frente:

-Fuimos a la orilla del mar, a ese lugar en donde hay escalones para bajar. Despuntaba el alba. Andábamos sin decir ni una palabra. Yo estaba desconcertado, Antonio excitado hasta el límite, pero atontado por todo lo que había bebido, Lazare ausente, serena como una muerta...

-Pero, ¿se trataba de una broma?

-No era una broma. Yo los dejaba actuar. No sé por qué estaba angustiado. Al borde del mar, Lazare y Antonio descendieron hasta los escalones más bajos. Lazare le pidió a Antonio que tomase en la mano su revólver y que le pusiese el cañón en el

pecho.

-¿ y Antonio lo hizo?

-El también tenía un aire ausente, sacó un «browning» de su bolsillo, lo montó y colocó el cañón contra el pecho de Lazare.

-¿Y entonces?

-Lazare le preguntó: «¿No me dispara?» El no contestó nada y se quedó dos minutos sin moverse. Por último dijo «no» y retiró el revólver...

-¿Eso fue todo?

-Antonio parecía agotado: estaba pálido y, como hacía fresco, se puso a temblar. Lazare cogió el revólver, sacó la primera bala. Aquella bala estaba en el cañón cuando ella lo tenía apoyado en el pecho, luego habló con Antonio. Le dijo: «Démela.» Quería quedársela de recuerdo.

-¿Y Antonio se la dio?

-Antonio le dijo: «Como guste.» Ella la metió en su bolso.

Michel se calló: parecía estar más a disgusto que nunca. Yo pensaba en la mosca en la leche. Ya no sabía si había de reírse o estallar. Verdaderamente se parecía a la mosca en la leche, o, también, al mal nadador que traga agua... No soportaba la bebida. Al final estaba a punto de llorar. Gesticulaba extrañamente a través de la música, como si tuviese que espantar a algún insecto:

-¿Podrías imaginarte una historia más absurda? -me dijo también.

El sudor, al correr por su frente, había sido el responsable de su gesticulación.

2

La historia me había dejado estupefacto. Aún pude preguntarle a Michel -nos manteníamos lúcidos a pesar de todo- como si no estuviésemos borrachos, sino obligados a prestar una desesperada atención:

-¿Puedes decirme qué hombre era ese Antonio?

Michel me señaló a un muchacho en una mesa vecina, diciéndome que se le parecía.

-¿Antonio? Tenía un aspecto fogoso...

Hace quince días, le detuvieron: es un agitador.

Pregunté de nuevo con la mayor gravedad que me era posible:

-¿Puedes decirme cuál es la situación política en Barcelona? No sé nada.

-Va a saltar todo...

-¿Por qué no viene entonces Lazare? -La estamos esperando de un día para otro. Lazare se disponía, pues, a venir a Barcelona, con objeto de participar en la agitación.

Mi estado de impotencia se volvió entonces tan penoso que, de no haber estado Michel, aquella noche podía haber acabado mal.

El propio Michel tenía la cabeza del revés, pero consiguió que me sentase de nuevo. Intentaba, no sin dificultad, recordar el tono de voz de Lazare, que, un año antes, había ocupado una de aquellas sillas.

Lazare hablaba siempre con sangre fría, pausadamente, con un tono de voz íntimo. Yo me reía al pensar en cualquiera de las frases lentas que pudiese haber oído. Hubiera deseado ser Antonio. La habría matado... La idea de que tal vez yo amaba a Lazare me arrancó un grito que se perdió en el tumulto. Habría podido morderme a mí mismo. Estaba obsesionado con el revólver -la necesidad de tirar, de vaciar el tambor... en su vientre... en su... Como si cayese en el vacío con una serie de gestos absurdos, como, en sueños, solemos hacer impotentes disparos.

Ya no podía más: para recuperarme, tuve que hacer un gran esfuerzo. Le dije a Michel:

-Odio a Lazare hasta un punto que a mí mismo me aterra.

Ante mí, Michel tenía el aspecto de un enfermo. El también hacía esfuerzos sobrehumanos por sostenerse. Se echó las manos a la frente, sin poder evitar una risa a medias:

-Efectivamente, según ella, le habías manifestado un odio tan violento... Hasta ella pasó miedo. Yo también la detesto.

-¡La detestas! Hace dos meses vino a verme a mi cama cuando creyó que yo iba a morir. La hicieron pasar; se acercó hasta mi cama de puntillas. Cuando la vi en medio de la habitación, se quedó de puntillas, inmóvil:-tenía la pinta de un espantapájaros inmóvil en medio de un sembrado...

»Estaba a tres pasos, tan pálida como si hubiera mirado a un muerto. Había sol en la habitación, pero ella, Lazare, era negra, era negra como lo son las cárceles. Era la muerte lo que le atraía, ¿me comprendes? Cuando de pronto lo vi, tuve tanto miedo que grité.

-¿Pero, y ella?

-Ella no dijo una palabra, no se movió. La insulté. La llamé sucia gilipollas. La llamé cura. Llegué incluso a decirle que estaba sereno, que tenía perfecta sangre fría, pero temblaba con todos mis miembros. Tartamudeaba, perdía la saliva. Le dije que morir era lamentable, pero que tener que morir viendo a un ser abyecto, era demasiado. Hubiera deseado que mi orinal estuviese lleno, le habría tirado la mierda a la cara.

-¿Y ella qué dijo?

-Le dijo a mi suegra que más valía que se fuese, sin alzar la voz.

Yo reía. Me reía. Veía doble y perdía la cabeza.

Michel, a su vez, rompió a reír:

-¿Y se fue?

-Se fue. Empapé las sábanas de sudor. Creí morir en aquel preciso momento. Pero, al final del día, sentí que estaba mejor, sentí que me había salvado... Entiéndeme bien, tuve que darle miedo. Si no, ¿no crees tú? ¡Estaría muerto!

Michel estaba postrado, se irguió de nuevo: sufría, pero, al propio tiempo, tenía el aspecto que habría tenido si acabase de saciar su venganza; deliraba:

-A Lazare le gustan los pajaritos: lo dice, pero miente. Miente, ¿me oyes? Huele a tumba. Lo sé: un día la cogí en mis brazos...

Michel se levantó. Estaba lívido. Dijo, con una expresión de profunda estupidez:

-Será mejor que me vaya a los servicios.

Yo también me levanté. Michel se alejó para ir a vomitar. Con todos los alaridos de La Criolla en la cabeza, yo estaba de pie, perdido en el tumulto. Ya no comprendía: de haber gritado, nadie me habría oído, incluso de haber gritado a voz en cuello. No tenía nada que decir. Aún no había acabado de perderme. Me reía. Me hubiera gustado escupirles a los demás a la cara.

El azul del cielo

1

Al despertar me asaltó el pánico ante la idea de volver a verme delante de Lazare. Me vestí rápidamente para ir a poner un telegrama a Xénie, diciéndole que se juntase conmigo en Barcelona. ¿Por qué me había ido de París sin haberme acostado con ella? La había soportado, bastante mal, durante todo el tiempo que estuve enfermo;. sin embargo, una mujer a la que no se ama resulta más soportable si se hace el amor con ella. Estaba harto de hacer el amor con prostitutas.

Temía a Lazare vergonzosamente. Como si hubiera tenido que darle cuenta de algo. Recordaba el sentimiento absurdo que había experimentado en La Criolla. Me daba tanto miedo la idea de encontrarla que ya no sentía odio por ella. Me levanté y me vestí rápidamente para ir a poner el telegrama. En mi desesperación, había sido feliz durante cerca de un mes. Salía de una pesadilla, ahora la pesadilla me atrapaba de nuevo.

En mi telegrama le expliqué a Xénie que hasta entonces no había tenido una dirección estable. Deseaba que acudiese a Barcelona a la mayor brevedad.

Tenía una cita con Michel. El tenía aspecto de estar preocupado. Le llevé a almorzar a un pequeño restaurante del Paralelo, pero comió poco y bebió menos aún. Le dije que no leía los periódicos. El me repuso, no sin ironía, que la huelga general estaba prevista para el día siguiente. Más me valdría ir a Calella, donde podría reunirme con unos amigos. Yo, por el contrario, insistía en quedarme en Barcelona, donde podría presenciar los disturbios en el caso de que los hubiera. No quería mezclarme en ellos, pero tenía un coche que uno de mis amigos, que pasaba una temporada en Calella, me había prestado por una semana. Si él tuviese necesidad de un coche yo podría llevarle. Se echó a reír con franca hostilidad. Estaba seguro de su pertenencia a otro bando: no tenía dinero, estaba dispuesto a todo para apoyar la revolución. Yo pensé: en un tumulto estará, como suele. estar siempre, en la luna, conseguirá que le maten de forma estúpida. Todo aquel asunto. me disgustaba: en cierto sentido, la revolución formaba parte de la pesadilla de la que había creído salir. No sin cierto sentimiento molesto, recordaba la noche pasada en La Criolla. Michel, igualmente. Aquella noche, supongo, le preocupaba, le preocupaba y le abrumaba. Halló un tono indefinible -provocativo, angustiado para terminar diciéndome que Lazare había llegado la víspera.

Ante Michel y, sobre todo, ante sus sonrisas -a despecho de que la noticia me hubiese sorprendido por su brusquedad- permanecí en una aparente indiferencia. Nada podía importar, le dije, que yo fuese un rico francés que estaba en Cataluña en viaje de placer y no un obrero del país. Pero un coche podía ser útil en algunos casos, incluso en arriesgadas circunstancias (al punto me lo pregunté: podría llegar a lamentar tal proposición: no se me ocultaba que, de esta forma, me había arrojado a las patas de Lazare; Lazare había olvidado sus desacuerdos con Michel, no sentiría ya el mismo desprecio por un instrumento útil, y no había nada que pudiera hacerme temblar más que Lazare).

Dejé a Michel en un estado de sumo agobio. Yo no podía negarme a mí mismo que sentía mala conciencia respecto a los obreros. Era insignificante, insostenible, pero yo estaba tanto más deprimido por cuanto mi mala conciencia respecto a Lazare pertenecía al mismo orden de cosas. En un momento como aquel, lo veía, mi vida no era justificable. Me avergonzaba. Decidí pasar el fin de la jornada y la noche en Calella. Aquella tarde ya no me apetecía vagar por los barrios bajos. Y, sin embargo, me sentía incapaz de permanecer en mi habitación del hotel.

Tras una veintena de kilómetros en dirección a Calella (aproximadamente la

mitad del camino), cambié de opinión. Podía tener en mi hotel una respuesta telegráfica de Xénie.

Volví a Barcelona. Tenía una mala impresión. Si se iniciaban los disturbios, Xénie ya no podría reunirse conmigo. Aún no había respuesta: envié un nuevo telegrama en el que le pedía a Xénie que, salvo absoluta imposibilidad, emprendiese el viaje aquella misma noche. Ya no dudaba que, si Michel utilizaba mi coche, no tuviese yo, con toda probabilidad, que encontrarme cara a cara con Lazare. Detesté la curiosidad que me impulsaba a participar, muy de lejos, en la guerra civil. Como ser humano, yo, decididamente, era injustificable; y, sobre todo, me perdía en una agitación inútil. Apenas eran las cinco y el sol quemaba. En medio de la calle hubiera deseado hablar a los demás; estaba perdido en medio de una muchedumbre ciega. No me sentía ni menos estúpido ni menos impotente que un niño de corta edad. Volví al hotel; mis telegramas aún no tenían respuesta. Decididamente hubiera deseado mezclarme con los transeúntes y hablar, pero en la víspera de la insurrección, aquello era imposible. Hubiera deseado saber si se había iniciado la agitación en las barriadas obreras. El aspecto de la ciudad no era el normal, pero yo no conseguía tomarme las cosas en serio. No sabía qué hacer y cambié de opinión dos o tres veces. Por último, decidí volver al hotel y tenderme en la cama: había en toda la ciudad algo demasiado tenso, excitado, deprimido no obstante. Pasé por la plaza de Cataluña. Iba demasiado deprisa: un hombre, probablemente borracho, se plantó de repente frente a mi coche. Di un violento frenazo y pude evitarle, pero había sacudido violentamente mis nervios. Sudaba gruesas gotas. Un poco más lejos, en las Ramblas, creí reconocer a Lazare en compañía del señor Melou, vestido con una chaqueta gris y tocado de un *canotier.* La aprensión me ponía enfermo (más tarde supe con toda certeza que el señor Melou no había venido a Barcelona) .

Una vez en el hotel, negándome el ascensor, corrí escaleras arriba. Me arrojé sobre una cama. Pude oír el ruido de mi corazón bajo mis huesos. Sentí el pulso de las venas, penoso, en ambas sienes. Durante mucho tiempo, me perdí en el temblor de la espera. Me eché un poco de agua por la cara. Tenía mucha sed. Telefoneé al hotel de Michel. No estaba allí. Entonces pedí que me pusiesen con París. No había nadie en el apartamento de Xénie. Consulté una guía y calculé que podía estar ya en la estación. Traté de comunicar con mi apartamento donde, en ausencia de mi mujer, seguía viviendo, provisionalmente, mi suegra. Pensaba que tal vez mi mujer hubiese vuelto. Se puso mi suegra: Edith se había quedado en Inglaterra con los dos niños. Me preguntó si había recibido un cable que a mi nombre había metido en un sobre pocos días antes: lo había enviado por avión. Recordé haber olvidado en mi bolsillo una carta suya que no abrí al reconocer la letra. Afirmé que sí y colgué, molesto por haber oído una voz hostil.

El sobre, arrugado en mi bolsillo, era de hacía varios días. Tras haberlo abierto, reconocí en el cable la letra de Dirty. Aún dudaba y febrilmente rompí la franja exterior. En la habitación hacía un calor insoportable: parecía que nunca llegaría a abrirlo del todo y sentía cómo me corría el sudor por la mejilla. Vi con horror la siguiente frase: «Me arrastro a tus pies» (así comenzaba la carta, harto extrañamente). De lo que quería que la perdonase era de haberle faltado valor para matarse. Había venido a París para volverme a ver. Esperaba que la llamase a su hotel. Me sentí profundamente miserable: por un instante me pregunté, había descolgado de nuevo el aparato, si podría siquiera encontrar palabras. Logré pedir una comunicación con el hotel de París. La espera me mató. Miré el cable: llevaba fecha de 30 de septiembre y estábamos ya a 4 de octubre. Desesperado, sollocé. Tras un cuarto de hora, el hotel respondió que la señorita Dorothea S... había salido (Dirty no era más que la provocativa abreviatura de Dorothea): di las indicaciones necesarias. Podía llamarme en cuanto volviese. Colgué: era más de lo que podía soportar mi cabeza.

Tenía la obsesión del vacío. Eran las nueve. En principio, Xénie estaba en el tren con destino a Barcelona y, rápidamente, se acercaba a mí: imaginé la velocidad del tren, brillante de luces en la noche, aproximándose a mí con un ruido terrible. Creí ver pasar un ratón, una cucaracha tal vez, algo negro, por el suelo de la habitación, entre mis piernas. Era, sin duda, una ilusión fruto de la fatiga. Tenía como una especie de vértigo. Estaba paralizado, sin poderme mover del hotel a la espera del teléfono: no podía impedir nada; estaba desprovisto de la más mínima iniciativa. Bajé a cenar al comedor del hotel. Me levantaba cada vez que oía sonar el teléfono. Temía que, por error, la telefonista pudiera pasar la llamada a mi habitación. Pedí la guía de ferrocarriles y mandé a por periódicos. Quería las horas de los trenes que van de Barcelona a París. Tenía miedo de que una huelga general me impidiese ir a París. Quise leer los periódicos de Barcelona, y leía, pero sin comprender lo que leía. Pensé que, en caso de necesidad, iría hasta la frontera con el coche.

Me llamaron al final de la cena: estaba tranquilo, pero supongo que si hubiesen disparado con un revólver cerca de mí, apenas lo habría oído. Era Michel. Me pedía que me reuniese con él. Le dije que, por el momento, me resultaba imposible por la conferencia que estaba esperando, pero que si no podía pasarse por mi hotel, yo me reuniría con él a lo largo de la noche. Michel me dio la dirección en la que podría encontrarle. Quería verme como fuese. Hablaba como alguien a quien se ha encargado dar órdenes y que tiembla ante la idea de olvidarse de algo. Colgó. Le di una nota a la telefonista y volví a mi habitación, donde me tendí. Hacía un calor penoso en aquella habitación. Bebí un vaso de agua del lavabo: el agua estaba tibia. Me quité la chaqueta y la camisa. Vi mi torso desnudo en un espejo. Me tendí una vez más sobre mi cama. Llamaron a la puerta para traerme un telegrama de Xénie: como había imaginado, llegaría al día siguiente en el rápido de las doce. Me lavé los dientes. Me froté el cuerpo con una toalla húmeda. No me atrevía a ir al cuarto de baño por miedo a no oír la llamada telefónica. Quise matar el tiempo contando hasta quinientos. No llegué hasta el final. Pensé que no había nada que valiera la pena como para ponerse en tal estado de angustia. ¿No era aquello un absurdo escandaloso? Desde la espera en Viena no había conocido nada más cruel. A las diez y media sonó el teléfono: tenía comunicación con el hotel en que se alojaba Dirty. Pedí que me permitiesen hablar con ella personalmente. No podía comprender que me hablase por boca de un intermediario. La comunicación era mala, pero conseguí estar tranquilo y hablar con claridad. Como si fuera el único ser tranquilo en toda aquella pesadilla. No había podido telefonear ella misma porque, en el momento mismo en que había vuelto, se había decidido a partir. Había tenido el tiempo justo para coger el último tren a Marsella: de Marsella a Barcelona iría en avión, y llegaría aproximadamente a las dos de la tarde. No había tenido tiempo material, no había podido avisarme personalmente. Ni por un instante había pensado en volver a ver a Dirty al día siguiente, no se me había ocurrido pensar que podía tomar el avión en Marsella. No me sentía feliz, sino casi atontado, allí sentado en mi cama. Quise recordar el rostro de Dirty, la turbia expresión de su cara. El recuerdo que guardaba se me escapaba. Pensé que se parecía a Lotte Lenja, pero también el recuerdo de Lotte Lenja se desvanecía. Sólo me acordaba de Lotte Lenja en *Mahagonny:* llevaba un traje sastre negro, de aspecto masculino, una falda muy corta, un ancho *canotier,* unas medias que se enrollaban por encima de la rodilla. Era alta y esbelta, me parecía que también era pelirroja. En cualquier caso, era fascinante. Pero la expresión de su rostro se me había escapado. Sentado en la cama, yo vestía unos pantalones blancos, estaba descalzo y con el torso desnudo. Intentaba recordar la canción de burdel de la *Opera de tres centavos.* No conseguí recordar la letra alemana, sino la francesa. Tenía el recuerdo, erróneo, de Lotte Lenja cantándola. Aquel vago recuerdo me destrozaba. Me levanté descalzo y entoné, muy bajo, pero desgarradamente:

Le navire de haui bord
Cent canons au babord
BOM-BAR-DE-RA le port...[6]

Pensé: mañana será la revolución en Barcelona... Por excesivo que fuera el calor que sentía, estaba aterido...

Me dirigí hacia la ventana abierta. Había gente en la calle. Se notaba que el día había sido de un sol abrasador. Hacía más fresco fuera que en la habitación. Tenía que salir. Me puse una camisa, una chaqueta, me calcé con la mayor rapidez posible y bajé a la calle.

2

Entré en un bar vivamente iluminado, donde bebí apresuradamente una taza de café: estaba demasiado caliente, me abrasé la boca. Era evidente que hacía mal en beber café. Fui a coger mi coche para acudir donde Michel me había pedido que fuera a reunirme con él. Toqué la bocina. Michel tenía que venir a abrir la puerta del edificio.

Michel me hizo esperar. Me hizo esperar interminablemente. Llegué a desear que no viniese. Desde el instante mismo en que mi coche se detuvo ante el edificio indicado, había tenido la certeza de encontrarme ante Lazare. Pensé: por mucho que Michel me deteste, sabe también que haré como él, que olvidaré los sentimientos que me inspira Lazare a poco que las circunstancias así lo exijan. Tenía tanta más raz6n en pensado cuanto que, en el fondo, yo estaba obsesionado por Lazare; en mi estupidez, tenía ganas de volverla a ver; sentí entonces una insuperable necesidad de abrazar mi vida entera al mismo tiempo: toda la extravagancia de mi vida.

Pero las cosas se presentaban mal. Me vería reducido a sentarme en un rincón sin decir ni una palabra: seguramente en una habitación llena de gente, en la misma situación de un acusado que ha de comparecer, pero al que, por compasión, se olvida. A buen seguro no tendría ocasión de expresarle mis sentimientos a Lazare, por tanto, ella pensaría que sentía remordimientos: que mis insultos se debían a la enfermedad. También pensé, de pronto: el mundo sería más soportable para Lazare si a mí me ocurriera alguna desgracia; sin duda, ella siente en mí el crimen que exige una reparación... Se inclinará a situarme en una mala historia; aun teniendo conciencia de ello, podrá decirse que más vale exponer una vida tan descorazonadora como la mía, en lugar de la de un obrero. Me imaginé muerto, y a Dirty enterándose de mi muerte en el hotel. Me encontraba al volante del coche y puse el pie sobre el acelerador. Pero no me atreví a pisarlo. En lugar de eso, por el contrario, toqué la bocina varias veces, concibiendo la esperanza de que Michel no vendría. En el punto en que me encontraba era preciso que apurase hasta el final cada una de las cosas que la suerte me deparara. A pesar mío, me representaba, con una especie de admiración, la tranquilidad y audacia indudables de que hacía gala Lazare. Dejé de tomar aquel asunto en serio. Ante mis ojos carecía de todo sentido: Lazare se rodeaba ya de gentes como Michel, incapaces de apuntar, disparando como quien bosteza. Y, sin embargo, tenía todo el espíritu de decisión y la solidez de un hombre a la cabeza de un movimiento. Yo me reía al pensar: por el contrario, yo sólo he sabido perder la cabeza. Recordaba cuánto había leído acerca de los terroristas. Desde hacía algunas semanas, mi vida

[6] El navío de alta horda / Cien cañones a babor /BOM-BAR-DEA-RA el puerto... «Jenny la de los piratas», en «La ópera de tres centavos», de B. Brecht, acto primero, 2. (N. del T.)

me había distanciado de preocupaciones análogas a las de los terroristas. Evidentemente, lo peor sería llegar al momento en que ya no actuara según mis pasiones, sino según las de Lazare. En el coche, esperando a Michel me adhería al volante --como un animal atrapado en un cepo. La idea de que yo *pertenecía* a Lazare, de que ella me poseía, me asombraba... Recordaba: como Lazare, yo mismo había sido sucio de niño. Era un recuerdo penoso. En particular, recordaba el siguiente hecho deprimente. Había sido interno en un liceo. Pasaba las horas de estudio sumido en el tedio, me quedaba allí, casi inmóvil, a menudo con la boca abierta. Una tarde, a la luz del gas, levanté la tapa de mi pupitre delante de mí. Nadie podía verme. Cogí mi portaplumas, sujetándolo, en mi puño derecho cerrado, como si fuera mi cuchillo, me asesté grandes golpes con la plumilla de acero en el dorso de la mano izquierda y el antebrazo. Para ver... Para ver, y también: *quería endurecerme ante el dolor.* Me había infligido un buen número de heridas sucias, más negruzcas que encarnadas (debido a la tinta). Aquellas pequeñas heridas tenían la forma de medias lunas, como la sección de la plumilla.

Me bajé del coche y así pude distinguir el firmamento estrellado por encima de mi cabeza. Veinte años más tarde, el niño que se asestaba puñaladas con un portaplumas esperaba, en pie, bajo el cielo, en una calle extranjera, a la que nunca había venido, no se sabe qué cosa imposible. Había estrellas, un número infinito de estrellas. Era absurdo, para gritar de absurdo, pero se trataba de un absurdo hostil. Me urgía que el día, el sol, se levantasen. Pensaba que, en el momento en que las estrellas desaparecieran, seguramente estaría en la calle. En principio, temía menos al firmamento estrellado que al alba. Tenía que esperar, esperar, esperar dos horas... Recordaba haber visto pasar, hacia las dos de la tarde, un bonito día soleado, en París -yo me encontraba en el puente del *Carrousel*- la camioneta de una carnicería: los cuellos sin cabeza de los corderos despellejados sobresalían de sus telas, y las blusas con rayas azules y blancas de los carniceros deslumbraban de limpieza: la camioneta andaba lentamente, a pleno sol. Cuando era niño me gustaba el sol: cerraba los ojos y, a través de los párpados, era rojo. El sol era terrible, hacía pensar en una explosión: ¿podría haber algo más solar que la sangre roja que corría sobre el empedrado, como si la luz estallase y matase? En esta noche opaca me había embriagado de luz; así, nuevamente, Lazare no era ante mí más que un pájaro de mal agüero, un pájaro sucio y despreciable. Mis ojos dejaron de perderse en las estrellas que, en realidad, brillaban por encima de mí, para hacerlo en el azul del cielo del mediodía. Los cerraba para poderme perder en aquel azul brillante: de él surgían gruesos insectos negros como zumbantes trombas. Del mismo modo que, al día siguiente, a la deslumbrante hora del día, surgiría, primero como un punto imperceptible, el avión que traería a Dorothea... Abrí aquellos ojos, vi de nuevo las estrellas sobre mi cabeza, pero ya estaba enloqueciendo de sol y tenía ganas de reír: al día siguiente, el avión, tan pequeño y lejano que en nada atenuaría el brillo del cielo, me parecería semejante a un insecto ruidoso y, por estar cargado, en la caja acristalada, con los desmesurados sueños de Dirty, se encontraría en el aire y sería para mi cabeza de hombre minúsculo, de pie en el suelo -en el momento en que el dolor arañase dentro de ella con más hondura que la costumbre- lo que es una imposible, una adorable «mosca de retrete». Me había reído y ya no era sólo el niño triste de las heridas de portaplumas el que, aquella noche, andaba siguiendo las paredes: me había reído *de la misma forma* cuando era pequeño y estaba persuadido de que un día, yo, por sentirme llevado por una insolencia feliz, habría de derribado todo, con absoluta necesidad derribado todo.

3

Ya no comprendía cómo podía haber llegado a tenerle miedo a Lazare. Si, tras

unos minutos de espera, Michel no venía, me iría. Estaba persuadido de que no vendría: le esperaba por excesiva buena conciencia. No faltaba mucho para que me fuese cuando se abrió la puerta del edificio. Michel vino hacia mí. A decir verdad, tenía todo et aspecto de un hombre que vuelve d,el otro mundo. Tenía la expresión de una persona que se ha desgañitado... Le dije que ya me iba. El me respondió que «allí arriba» la discusión era tan desordenada, tan ruidosa, que nadie se oía.

Le pregunté:

-¿Está ahí Lazare?

-Naturalmente. Ella es la causa de todo... Es inútil que subas. Yo no puedo más... Me iré a tomar una copa contigo.

-¿Hablamos de otra cosa?..

-No. Creo que no podría. Voy a contarte...

-Eso es. Explícate.

Sólo de forma vaga deseaba saber: en aquel momento encontraba a Michel ridículo y, con más motivo, lo que «allí arriba» se agitaba.

-Se trata de dar un golpe con unos cincuenta tipos, verdaderos «pistoleros», ya sabes... Es algo serio. Lazare quiere asaltar la cárcel.

-¿Cuándo? Si no es mañana, voy. Llevaré armas. Puedo llevar a cuatro hombres en el coche.

Michel gritó:

-Es ridículo.

-¡Ah!

Me eché a reír.

-No hay que asaltar la cárcel. Es absurdo.

Michel había gritado aquello a todo pulmón. Habíamos llegado a una calle concurrida. No pude evitar decide:

-No grites tan fuerte...

Le había desanimado. Se detuvo, mirando a su alrededor. Su expresión era de angustia. Michel no era más que un niño, un chiflado.

Riéndome le dije:

-No tiene importancia: estabas hablando en francés...

Vuelto a la serenidad con la misma rapidez con que se había aterrado, él también se echó a reír. Pero desde entonces ya no gritó más; perdió incluso el tono despreciativo que adoptaba para hablarme. Estábamos delante de un café donde habíamos cogido una mesa apartada.

El se explicó:

-Vas a comprender por qué no se puede asaltar la prisión. No tiene interés. Si Lazare quiere dar un golpe en la cárcel no es por su utilidad, sino por sus ideas. Lazare siente repugnancia por todo cuanto se asemeje a la guerra, pero como está loca, se inclina, a pesar de todo, por la acción directa y quiere intentar un golpe. Yo he propuesto atacar un depósito de armas y ella no quiere ni oír hablar de ello porque, según ella, ¡eso supone volver a caer en la vieja confusión entre la revolución y la guerra! No conoces a la gente de aquí. La gente de aquí es maravillosa, pero están chalados: ¡la escuchan!.. .

-No me has dicho por qué no hay que asaltar la prisión.

En el fondo, a mí me fascinaba la idea de una cárcel tomada al asalto, y me parecía bien que los obreros escuchasen a Lazare. Súbitamente, todo el horror que me inspiraba Lazare se había desvanecido. Pensé: es macabra, pero es la única a quien comprenden: los obreros españoles también comprenden la Revolución...

Michel proseguía su explicación, hablándose a sí mismo:

-Es evidente: la cárcel no sirve para nada. Lo primero que hay que hacer es encontrar armas. Hay que armar a los obreros. Si el movimiento separatista no pone armas en manos de los obreros ¿qué sentido tiene? Lo que lo demuestra es que los dirigentes catalanistas son capaces de fallar el golpe, porque tiemblan ante la idea de armar a los obreros... Está clarísimo. Hay que atacar primero un depósito de armas.

Se me ocurrió otra idea: la de que todos ellos desvariaban.

De nuevo empecé a pensar en Dirty: en cuanto a mí, estaba muerto de cansancio, angustiado de nuevo.

Le pregunté vagamente a Michel:

-¿Pero qué depósito de armas?

No pareció entender.

Insistí: de eso no sabía nada, la pregunta se imponía, resultaba incluso embarazosa, pero él no era de allí.

-¿Sabe Lazare algo más?

-Sí. Tiene un plano de la cárcel.

-¿Quieres que cambiemos de tema?

Michel me dijo que me tenía que dejar en seguida.

Se quedó tranquilo por un momento sin decir ni una palabra. Luego, siguió:

-Pienso que la cosa va a terminar mal. La huelga general está prevista para mañana por la mañana, pero cada uno irá por su lado y todo el mundo se hará destrozar por la guardia civil. Voy a terminar por creer que es Lazare la que tiene razón.

-¿Cómo es eso?

-Sí. Los obreros nunca llegarán a unirse y serán vencidos.

-Pero, ¿acaso es imposible ese golpe de mano en la prisión?

-¿Y qué puedo saber yo? No soy militar...

No podía más. Eran las dos de la madrugada. Le propuse a Michel que nos citásemos en un bar de las Ramblas. Podía ir allí cuando las cosas estuviesen más claras; él me dijo que estaría allí sobre las cinco. Estuve a punto de decirle que hacía mal en oponerse al plan contra la cárcel, pero estaba harto. Acompañé a Michel hasta la puerta donde le había estado esperando y había dejado el coche. No teníamos ya nada más que decirnos. Al menos me alegraba de no haberme topado con Lazare.

4

Al instante me fui a las Ramblas. Dejé el coche. Entré en el barrio chino. No iba buscando mujeres, pero el barrio chino era el único medio que se me ofrecía para matar el tiempo, por la noche, durante tres horas. A aquellas horas, podía oír cantar a andaluces, a cantantes de cante jondo. Estaba fuera de mí, exasperado, la exasperación del cante jondo era lo único que podía armonizar con mi fiebre. Entré en un cabaret miserable: en el momento en que entré, una mujer casi deforme, una mujer rubia, con cara de bull-dog, se estaba exhibiendo en un pequeño tablado. Estaba casi desnuda: un pañuelo de colores ceñido en torno a sus riñones no disimulaba su sexo muy negro. Cantaba y danzaba contoneando su vientre. Apenas me había sentado cuando otra mujerzuela, no menos repulsiva, se acercó a mi mesa. Tuve que tomar una copa con ella. Había mucho público, más o menos la misma concurrencia que en La Criolla, pero en más sórdido. Fingí no saber hablar español. Sólo una de las chicas era guapa y joven. Me miró. Su curiosidad se asemejaba a una súbita pasión. Estaba rodeada de monstruos con caras y pechos de matrona envueltas en mugrientas mantillas. Un muchacho joven, casi un niño, dentro de una camisa de marinero, de cabello ondulado y empolvadas mejillas, se acercó a la chica que me estaba mirando. Tenía un aire feroz: esbozó un gesto obsceno, se echó a reír y luego fue a sentarse más lejos. Una mujer encorvada, muy vieja, tapada con un pañolón de los usados por los campesinos, entró con una cesta. Un cantaor vino a sentase en el tablado con un guitarrista; tras algunos compases de la guitarra se puso a cantar... de la forma más

apagada. En aquel momento yo hubiera tenido miedo de que él, como otros, fuera a cantar desgarrándome con sus gritos. La sala era grande: en uno de sus extremos, cierto número de chicas, sentadas en fila, esperaban a los clientes para bailar: bailarían con los clientes en cuanto acabasen las atracciones de canto. Aquellas chicas eran más o menos jóvenes, pero feas, vestidas con míseras ropas. Estaban delgadas, mal nutridas: algunas dormitaban, otras sonreían como bobas, otras, súbitamente, comenzaban a taconear precipitadamente sobre el tablado. Proferían entonces un olé sin eco. Una de ellas, que llevaba un vestido de tela azul pálida, medio ajada, tenía un rostro demacrado y pálido debajo de su cabello estropajoso: era evidente que moriría en pocos meses. Necesitaba dejar de ocuparme de mí mismo, al menos de momento, necesitaba ocuparme de los demás y estar seguro de que cada cual, debajo de su propio cráneo, estaba vivo. Me quedécallado, una hora tal vez, observando a todos mis semejantes en la sala. Luego me fui a otro cabaret, que, a diferencia del anterior, rebosaba animación: un obrero jovencísimo, con mono, daba vueltas y vueltas con una muchacha en traje de noche. El traje de noche dejaba entrever los sucios tirantes de la camisa, pero la chica era deseable. Otras parejas describían vuelta tras vuelta: pronto me decidí a irme. No hubiera podido soportar excitación alguna por más tiempo.

Volví a las Ramblas, compré periódicos ilustrados y cigarrillos: apenas eran las cuatro. Sentado en la terraza de un café, pasaba páginas y páginas de los periódicos sin vedas. Me esforcé en no pensar en nada. No lo conseguía. Una polvorienta carencia de sentido se iba levantando en mí. Hubiera deseado recordar lo que verdaderamente era Dirty. Cuando vagamente me volvía a la memoria me era algo imposible, espantoso y sobre todo extraño. Un instante más tarde, me imaginaba puerilmente que iría con ella a .comer a un restaurante del puerto. Comeríamos todo tipo de cosas fuertes de las que me gustan, luego nos iríamos al hotel: ella dormiría y yo me quedaría al lado de la cama. Estaba tan cansado que al mismo tiempo pensaba dormir cerca de ella en una butaca, o incluso tendido como ella sobre la cama: cuando llegara, los dos nos caeríamos de sueño: sería evidentemente un mal sueño. También estaba la huelga general: una habitación espaciosa con una vela y nada que hacer, las calles desiertas, jaleos. Michel no podía tardar en venir y tenía que quitármelo de encima cuanto antes...

Hubiera deseado no oír hablar de nada más. La cosa más urgente que me dijeran entonces me entraría por un oído y me saldría por el otro. Tenía que dormir, vestido y todo, donde fuese. Me quedé dormido en mi silla en varias ocasiones. Qué podía hacer cuando llegase Xénie. Un poco más tarde de las seis llegó Michel, diciéndome que Lazare le estaba esperando en Las Ramblas. No podía sentarse. No habían llegado a ningún acuerdo: tenía un aspecto tan borroso como el mío. Al igual que yo, tampoco tenía ganas de hablar, estaba dormido, abatido.

Al punto le dije:

-Voy contigo.

Despuntaba el alba: el cielo estaba pálido, ya no había estrellas. Algunas gentes iban y venían, pero las Ramblas tenían algo de irreal: de un extremo a otro de los plátanos era un solo trino de pájaro asombroso; jamás había oído algo tan imprevisto. Reparé en Lazare, que caminaba por debajo de los árboles. Nos daba la espalda.

-¿No quieres saludada? -me preguntó Michel. .

En aquel preciso momento se volvió y vino hacia nosotros, como siempre vestida de negro. Por un instante me pregunté si no sería ella el ser más humano que nunca hubiese visto; también era una rata inmunda lo que se acercaba a mí. No había que huir y era fácil. En efecto, yo estaba ausente, estaba profundamente ausente.

Me limité a decide a Michel:

-Podéis iros los dos.

Michel adoptó un aire de no comprenderme. Le estreché la mano, añadiendo

que ya sabía dónde vivían uno y otro:

-Coged la tercera calle a mano derecha. Telefonéame mañana por la noche si puedes.

Como si Lazare y Michel, al mismo tiempo, hubiesen perdido hasta la sombra de su existencia. Yo ya no tenía una realidad verdadera.

Lazare me miró. Era de la mayor naturalidad posible. Yo la miré y le hice a Michel un gesto con la mano.

Se fueron.

Yo opté por dirigirme hacia mi hotel. Eran, aproximadamente, las seis y media. No cerré los postigos. Me quedé dormido inmediatamente, pero se trataba de un mal sueño. Tenía la sensación de que era de día. Soñaba que estaba en Rusia: visitaba como turista una u otra de las capitales: Leningrado más probablemente. Paseaba por el interior de una inmensa construcción de hierro y vidrio, que se parecía a la vieja *Galería de las máquinas.* Apenas era de día y los polvorientos cristales dejaban pasar una luz sucia. El espacio vacío era más vasto y solemne que el de una catedral. El suelo era de tierra apisonada. Estaba deprimido, absolutamente solo. Por la nave lateral accedí a una serie de salitas en las que se conservaban los recuerdos de la Revolución; aquellas salas no integraban un verdadero museo, pero los episodios decisivos de la Revolución se habían desarrollado en ellas. En un principio habían sido dedicadas a la vida aristocrática e impregnada de solemnidad de la corte del zar. Durante la guerra, algunos miembros de la familia imperial habían confiado a un pintor francés la tarea de representar sobre las paredes una «biografía» de Francia: éste había trazado, con el estilo pomposo y austero de Lebrun, algunas de las escenas vividas por el rey Luis XIV; en la parte superior de uno de los muros se alzaba una Francia ceñida de túnica y portadora de un voluminoso hachón. Parecía surgida de una nube o de una ruina, casi borrada ya, porque el trabajo del pintor, que quedaba vagamente esbozado por algunos sitios, había sido interrumpido por el motín: aquellos muros tomaban así el aspecto de una momia pompeyana, sorprendida en plena vida por una nube de cenizas, pero más *muerta* que cualquier otra. Sólo el ruido de pasos y los gritos de los amotinados parecían estar suspendidos en aquella sala, en la que la respiración se volvía penosa, rayana, de tan sensible como en ella se hacía el aterrador carácter repentino de la Revolución, en el estertor o en el hipo.

La sala vecina era más opresiva. No quedaba ya sobre sus muros vestigio alguno del antiguo régimen. El suelo estaba sucio, desnudo el yeso, pero el paso de la Revolución quedaba marcado por numerosas inscripciones hechas con carbón y redactadas por los marineros u obreros que, al comer y dormir en aquella sala, habían querido referir en su burdo lenguaje o con imágenes, más groseras aún, aquel acontecimiento que había trastocado el orden del mundo y que sus agotados ojos habían presenciado. Jamás había visto algo más irritante, ni más humano tampoco. Me quedaba allí, mirando las groseras y torpes escrituras: los ojos se me anegaban de lágrimas. La pasión revolucionaria se me subía lentamente a la cabeza, quedaba expresada ora por la palabra «fulguración» ora por la palabra «terror». El nombre de Lenin se repetía a menudo en aquellas inscripciones trazadas en negro, semejantes, sin embargo, a rastros de sangre: aquel nombre, extrañamente alterado, tenía una forma femenina: *¡Lenova!*

Salí de aquella salita. Entré en la gran nave acristalada sabiendo que, de un momento a otro, iba a explotar: las autoridades soviéticas habían decidido derribarla. No pude encontrar la puerta y me sentía preocupado por mi vida, estaba solo. Tras un momento de angustia, vi una abertura accesible, una especie de ventana practicada en plena vidriera. Me subí allí y con grandes esfuerzos conseguí descolgarme fuera.

Me encontraba en medio de un desolado paisaje de fábricas, puentes de ferrocarril y descampados. Esperaba la explosión que iba a volar de una vez, de un extremo a otro, el inmenso edificio destartalado de donde yo salía. Me alejé. Caminé

en dirección a un puente. En aquel momento, un guardia empezó a perseguirme al mismo tiempo que una banda de niños andrajosos: al parecer, el guardia estaba encargado de alejar a las gentes del lugar de la explosión. Al ponerme a correr les grité a los niños la dirección en la que había que correr. Llegamos todos debajo de un puente. En aquel momento les dije en ruso a los niños: *«Zdies, mojno...»* «Aquí, nos podemos quedar.» Los niños no respondían: estaban excitados. Mirábamos juntos el edificio: se pudo ver" que explotaba (pero no oímos ningún ruido: la explosión desprendía un humo oscuro que no se disipaba en volutas, sino que ascendía hacia las nubes, recto, semejante a los cabellos cortados a cepillo, sin la menor luminosidad, todo quedaba irremediablemente sombrío y polvoriento...). Un tumulto sofocante, sin gloria, sin grandeza, que se perdía en vano, a la caída de una noche de invierno. Aquella noche no era ni siquiera de helada o de nieve.

Me desperté.

Estaba tendido, atontado, como si aquel sueño me hubiera vaciado. Miraba confusamente al techo y, por la ventana, un trozo de cielo brillante. Tenía una sensación de huida, como si me hubiera pasado la noche en tren, en un compartimento abarrotado.

Poco a poco me fue volviendo a la memoria lo que ocurría. Salté de la cama. Me vestí sin lavarme y bajé a la calle. Eran las ocho.

La jornada comenzaba en un encantamiento. Sentí el frescor de la mañana, a pleno sol. Pero tenía mal sabor de boca, no podía más. No me preocupaba la respuesta, pero me preguntaba por qué aquel caudal de sol, aquel caudal de aire y aquel caudal de vida me habrían arrojado a las Ramblas. Me sentía. extraño a todo y, definitivamente, estaba marchito. Pensé en las burbujas de sangre que se forman a la salida del orificio practicado por un carnicero en la papada de un cerdo. Sentía una preocupación inmediata: tragar lo que pondría fin a mi sensación de repugnancia física, luego afeitarme, lavarme, peinarme y, por último, bajar a la calle, beber vino fresco y andar por las calles soleadas. Bebí un vaso de café con leche. No me sentí con fuerzas para volver. Me hice afeitar por un peluquero. Una vez más fingí no saber español. Me expliqué por señas. Al salir de las manos del peluquero volví a tomarle cierto gusto a la existencia. Volví para lavarme los dientes con la mayor rapidez posible. Quería bañarme en Badalona. La playa estaba desierta. Me desnudé en el coche y no me tendí a la arena: entré corriendo en el mar. Dejé de nadar y miré al cielo azul. En la dirección del Nordeste: por el lado en el que el avión de Dorothea aparecería. Estaba de pie, el agua me llegaba al estómago. Veía mis piernas amarillentas en el agua, los dos pies en la arena, el tronco, los brazos y la cabeza por encima del agua. Sentía la irónica curiosidad de verme, de ver lo que, sobre la superficie de la tierra (o del mar), podía ser aquel personaje prácticamente desnudo a la espera de que unas horas después el avión surgiese desde el fondo del cielo. Empecé a nadar de nuevo. El cielo era inmenso, era puro, y yo hubiera querido reírme dentro del agua.

5

Tumbado boca abajo, en medio de la playa, me preguntaba qué iba a hacer con Xénie, que sería la primera en llegar. Pensé: debo vestirme en seguida, sin demora, tendré que plantarme en la estación y esperada. Desde el día anterior no había olvidado el problema insoluble que me planteaba la llegada de Xénie, pero cada vez que pensaba en ello terminaba por dejar la solución para más tarde. Tal vez no pudiera decidirme antes de estar con ella. No hubiera querido tratada brutalmente. A veces me había portado como un bruto con ella. No sentía remordimientos, pero tampoco podía soportar la idea de llegar más lejos. Desde hacía un mes había salido

de lo peor. Habría podido creer que, desde el día anterior, la pesadilla empezaba de nuevo; sin embargo, me parecía que no, que era otra cosa, e incluso que iba a vivir. Ahora sonreía al pensar en los cadáveres, en Lazare... en todo cuanto me había acorralado. Me di la vuelta en el mar y, boca arriba, hube de cerrar los ojos: por un momento tuve la sensación de que el cuerpo de Dirty se confundía con la luz, sobre todo con el calor: me puse tieso como un palo. Tenía ganas de cantar. Pero nada me parecía sólido. Me sentía tan débil como un vagido, como si mi vida, al dejar de ser desgraciada, estuviese en pañales, fuese una cosa insignificante.

Lo único que podía hacer con Xénie era ir a buscarla a la estación y llevarla al hotel. Pero no podía almorzar con ella. No se me ocurría explicación que darle. Pensé en telefonear a Michel para pedirle que comiese con ella. Recordaba que, a veces, se veían en París. Por loco que ello pudiera parecer, era la única solución posible. Me vestí. Telefoneé desde Badalona. Dudaba que Michel aceptase. Pero ya estaba al otro extremo del hilo, aceptó. Me habló. Estaba totalmente desalentado. Hablaba con la voz de un hombre hundido. Le pregunté si me guardaba rencor por haberle tratado bruscamente. No me lo guardaba. En el momento en que le dejé, estaba tan cansado que no había pensado en nada. Lazare no le había hablado de nada. Incluso le preguntó por mí. La actitud de Michel me pareció inconsecuente: ¡un militante serio comiendo aquel día en un hotel elegante con una mujer rica! Quería representarme de forma lógica lo que me había ocurrido al final de la noche: me imaginé que Lazare y Michel, al mismo tiempo, habían sido liquidados por sus propios amigos, en parte como franceses extranjeros en Cataluña y en parte como intelectuales extraños a los obreros. Más tarde me enteré de que su afecto y respeto por Lazare les había hecho llegar a un acuerdo con uno de los catalanes, que les propuso dejarla al margen como extranjera ignorante de las características de la lucha obrera en Barcelona. También debían apartar a Michel. Por último, los anarquistas catalanes que estaban en relación con Lazare se quedaron solos, pero sin resultado: renunciaron a toda acción en común y al día siguiente se limitaron a llevar a cabo disparos aislados desde los tejados. En cuanto a mí, sólo me preocupaba una cosa: que Michel comiese con Xénie. Esperaba por añadidura que se entenderían para pasar la noche juntos, pero de momento me bastaba con que Michel estuviese en el hall del hotel antes de la una, como habíamos acordado por teléfono.

Más tarde lo recordé: Xénie, cada vez que tenía la ocasión, hacía ostentación de opiniones comunistas. Le diría que la había hecho venir para que asistiese a los disturbios de Barcelona: podía excitarle la idea de que yo la hubiese considerado digna de participar en ellos. Hablaría con Michel. Por poco satisfactoria que se me antojase, estaba satisfecho con esa solución, dejé de pensar en ella.

El tiempo pasó muy de prisa. Volví a Barcelona: la ciudad tenía ya un aspecto desacostumbrado, los cierres metálicos de los establecimientos a medio bajar, guardadas las mesas de las terrazas. Oí un disparo: un huelguista había tirado sobre los cristales de un tranvía. Había una extraña animación a veces fugaz y a veces pesada. La circulación de coches era casi nula. Había fuerzas armadas por todas partes. Me di cuenta de que el coche quedaba expuesto a pedradas y disparos. Me resultaba molesto no pertenecer al mismo bando que los huelguistas, pero dejé de pensar en ello. El aspecto que presentaba la ciudad, en súbito trance de insurrección, era angustioso.

Renuncié a volver al hotel. Me fui directamente a la estación. Aún no había sido previsto ningún cambio en los horarios. Vi la puerta de un garaje: estaba entreabierta, dejé allí el coche. No eran más que las once y media. Tenía que matar más de media hora antes de la llegada del tren. Encontré un café abierto: pedí una botella de vino blanco, pero beber no me suministraba placer alguno. Pensé en el sueño de revolución que había tenido aquella noche: era más inteligente --o más humano- cuando dormía. Cogí un periódico catalán, pero apenas entendía el catalán. La

atmósfera del café era agradable y decepcionante. Escasos clientes: dos o tres leían también los periódicos. A pesar de todo, me había chocado el aspecto de las calles céntricas en el momento en que oí el disparo. Comprendía que en Barcelona me encontraba fuera de la realidad, mientras que en París, me hallaba en su centro. En París, durante los motines, hablaba con todos aquellos a los que me unía cierta afinidad.

El tren llevaba retraso. Me veía reducido a iry venir en la estación: la estación se parecía a la «Galería de las Máquinas» por la que había estado vagando en mi sueño. Apenas me agobiaba la llegada de Xénie, pero si el tren traía mucho retraso, Michel se podía empezar a impacientar en el hotel. A su vez, Dirty estaría allí dentro de dos horas, le hablaría, ella me hablaría a mí, la tomaría en mis brazos: tales posibilidades, sin embargo, me resultaban ininteligibles. El tren de Port-Bou entró en la estación: pocos instantes después me encontraba frente a Xénie. Ella todavía no me había visto. Yo la miraba; estaba ocupada con sus maletas. Me pareció más bien pequeña. Se habí,a echado un abrigo por los hombros, y cuando quiso coger con la mano un maletín y su bolso, el abrigo se cayó. En el movimiento que hizo para recoger su bolso, me vio. Yo estaba en el andén; me reía de ella. Se ruborizó; al verme reír ella también se echó a reír. Cogí el maletín y el abrigo, que me pasó por la ventanilla del vagón. Por mucho que se riese, estaba delante de mí como una intrusa, me era extraña. Me preguntaba si no ocurriría lo mismo con Dirty -tenía miedo de que así fuera-. La propia Dirty me iba a parecer lejana: Dirty me resultaba incluso impenetrable. Xénie sonreía con inquietud -sentía un malestar que se acentuó cuando vino a acurrucarse en mis brazos-. La besé en el pelo y en la frente. Pensaba que si no hubiese esperado a Dirty, en aquel momento me habría sentido dichoso.

Estaba decidido a no decide desde un principio que entre nosotros las cosas no iban a transcurrir como ella se imaginaba. Ella me encontró preocupado. Era conmovedora: no decía nada, se limitaba a mirarme, tenía los ojos de alguien que, no sabiendo nada, está devorado por la curiosidad. Le pregunté si había oído hablar de los acontecimientos que se estaban desarrollando en Barcelona. Había leído algo en los periódicos franceses, pero sólo tenía una vaga idea.

Le dije suavemente:

-Esta mañana se han declarado en huelga general y es probable que mañana pase algo... Vienes precisamente cuando empiezan los disturbios.

Ella me preguntó:

-¿Estás enfadado?

La miré, creo, con aire ausente. Trinaba como un pájaro; preguntó una vez más:

-¿Va a haber una revolución comunista?

-Vamos a comer con Michel T... Podrás hablar de comunismo con él, si quieres.

-Me gustaría que hubiese una auténtica revolución... ¿Vamos a comer con Michel T...? Estoy cansada, ¿sabes?

-Primero hay que comer... Luego dormirás. De momento quédate aquí: los taxis están en huelga. Voy a volver con un coche.

La dejé allí.

Era una historia complicada -una historia aberrante-. Sentí aversión por el papel que me veía abocado a desempeñar con ella. De nuevo, me veía obligado a actuar 'con ella como lo había hecho en mi habitación de enfermo. Me daba cuenta de que había intentado hui¡¡ de mi vida viniendo a España, pero era un intento baldío. Todo aquello de lo que huía me había perseguido, me había atrapado y de nuevo me exigía comportarme como un ser perdido. Ya no deseaba, costara lo que costara, comportarme así. A pesar de todo, una vez que Dirty hubiese llegado, todo había de ir a peor. Andaba bastante rápido, al sol, en dirección al garaje. Hacía calor. Me enjugué la cara, envidiaba a la gente que tiene un Dios a quien poder aferrarse, mientras que yo... dentro de poco ya no tendría más «que los ojos para llorar». Alguien me miró de

frente. Llevaba la cabeza gacha. Levanté la cabeza: era un desharrapado, tendría unos treinta años, un pañuelo en la cabeza anudado debajo del mentón y anchas gafas de motociclista sobre la cara. Me miró largamente con sus enormes ojos. Tenía un aspecto insolente, al sol, un aspecto solar. Yo pensé: «¡Tal vez sea Michel disfrazado!» Aquello era de una estupidez infantil. Aquel extraño desharrapado jamás me había visto antes.

Le adelanté, al punto me volví. Me miró a la cara aún con más intensidad. Yo me esforzaba por imaginarme su vida. Aquella vida tenía algo innegable. Yo mismo podía convertirme en un desharrapado. En cualquier caso, *él,* lo era, lo era *de verdad,* y no era nada más: era la suerte que le había tocado. La que me había tocado a *mí* era más alegre. Al volver del garaje pasé por el mismo sitio. Todavía estaba allí. Una vez más me miró fijamente. Pasé despacio. Me costó trabajo desprenderme de él. Hubiera querido tener aquel aspecto horrible, aquel aspecto solar como el suyo, en lugar de parecerme a un niño que nunca sabe lo que quiere. Entonces pensé que habría podido vivir dichoso con Xénie.

Ella estaba de pie a la entrada de la estación, con sus maletas en el suelo. No vio venir mi coche: el cielo era de un azul intenso, pero todo transcurría como si la tormenta fuera a estallar de un momento a otro. Entre sus maletas, la cabeza baja y deshecha, Xénie daba la sensación de que el suelo le faltaba. Yo pensaba: en el transcurso de la jornada, también me tocará a mí, el suelo terminará por desvanecerse bajo mis pies, como se desvanece ahora bajo los suyos. Cuando llegué delante de ella la miré sin sonreír, con una expresión desesperada. Debió percibir en mí algún sobresalto: en aquel momento su rostro expresó toda su angustia. Al avanzar hacia el coche se rehizo. Fui a coger sus maletas: también había un paquete de periódicos, revistas y *L'Humanité.* Xénie había venido en cochecama a Barcelona, ¡pero leía *L' Humanité!*

Todo ocurrió rápidamente: llegamos al hotel poco después sin habernos hablado. Xénie iba mirando las calles de la ciudad, que veía por vez primera. Me dijo que, a primera vista, Barcelona parecía una bonita ciudad. Le enseñé un grupo de huelguistas y guardias de asalto aglomerados delante de un edificio.

Al punto, ella me dijo:

-Pero es horroroso.

Michel estaba en el hall del hotel. Se mostró solícito con su torpeza habitual. Sentía un visible interés por Xénie. Se había animado al veda. Ella apenas oyó lo que decía, subió a la habitación que yo había mandado que le preparasen.

Le expliqué a Michel.

-Ahora he de irme... ¿Podrás decide a Xénie que me voy fuera de Barcelona en coche hasta esta noche, pero sin precisar la hora?

Michel me dijo que tenía mala cara. El mismo tenía un aire preocupado. Dejé una nota para Xénie: estaba -le decía- asustado por lo que me ocurría, toda la culpa de cuanto había ocurrido con ella era mía, ahora había querido comportarme de otra forma, pero era imposible desde el día anterior: ¿cómo podía haber previsto lo que me ocurría?

Insistí al hablar con Michel: no tenía ninguna razón personal para preocuparme de Xénie, pero el caso es que era muy desgraciada; la idea de dejada sola me hacía sentir culpable.

Salí precipitadamente, me enfermaba la idea de que hubiesen podido sabotear el coche. No lo había tocado nadie. Un cuarto de hora más tarde llegué al campo de aviación. Había acudido con una hora de adelanto.

6

Mi estado era el de un perro que tira de la correa. No veía nada. Encerrado en el tiempo, en el instante, en el pulso de la sangre, sufría como lo hace un hombre al que se acaba de maniatar para darle muerte y que intenta romper la cuerda. Ya no esperaba ningún acontecimiento feliz, de lo que esperaba no podía saber ya nada más, la existencia de Dorothea era demasiado violenta. Pocos instantes antes de la llegada del avión, descartada toda esperanza, recuperé la calma. Esperaba a Dirty, esperaba a Dorothea de la misma forma que se espera la muerte. El moribundo, súbitamente, lo sabe; todo ha acabado. ¡Sin embargo, lo que iba a suceder un poco más tarde era lo único en el mundo que importaba! Me había tranquilizado, pero el avión, que volaba bajo, llegó repentinamente. Me abalancé: al principio no vi a Dorothea. Estaba detrás de un anciano alto. De primeras no estaba seguro de que fuera ella. Me acerqué: tenía el rostro delgado de una enferma. No tenía fuerzas, hubo que ayudarla a bajar. Me veía, pero no miraba, dejándose sostener sin un gesto, con la cabeza baja.

Me dijo:

-Un instante...

Yo le dije.

-Te llevaré en brazos.

Ella no contestó, se dejó hacer y la llevé. Su delgadez era esquelética. Sufría visiblemente. Estaba inerte en mis brazos, no menos indiferente que si la hubiera llevado un mozo. La instalé en el coche. Una vez sentada en el coche me miró. Tuvo una sonrisa irónica, cáustica, una sonrisa hostil. Qué podía tener en común con la que conocí, tres meses antes, bebiendo como si nunca hubiese de saciarse. Su ropa era amarilla, color azufre, del mismo color que su cabello. Durante mucho tiempo me había obsesionado la idea de un esqueleto solar, con huesos del color del azufre: Dorothea era ala sazón una ruina, la vida parecía abandonarla.

Ella me dijo suavemente:

-Démonos prisa. Convendría que me metiese en una cama lo más rápido posible.

No podía más.

Yo le pregunté por qué no me había esperado en París.

Pareció no entenderme, pero terminó por responder:

-No quería esperar más.

Miraba delante de sí sin ver.

Delante del hotel la ayudé a bajar. Quiso ir caminando hasta el ascensor. Yola sostenía y avanzamos lentamente. En la habitación la ayudé a desnudarse. Me dijo a media voz lo que necesitaba. Tenía que evitar hacerle daño y le di la ropa que quería. Al quitarle las ropas, a medida que fue apareciendo su desnudez (su cuerpo enflaquecido era menos *puro),* no pude reprimir una sonrisa de infelicidad, era mejor que estuviese enferma.

Entonces dijo con una especie de apaciguamiento:

-Ya no sufro. Pero, me he quedado sin fuerzas.

Yo ni siquiera había llegado a rozada con mis labios, ella apenas me había mirado, pero lo que ocurría en la habitación nos unía.

Cuando se tendió en la cama, con la cabeza bien colocada en el centro de la almohada, sus rasgos se relajaron: en seguida apareció tan bella como antes. Por un instante me miró, luego se dio la vuelta.

Los postigos de la habitación estaban cerrados, pero a través de ellos se filtraban algunos rayos de sol. Hacía calor. Entró una camarera con hielo en una cubitera. Dorothea me rogó que metiese el hielo en una bolsa de goma y que se la colocase sobre el vientre.

Me dijo:
-Ahí es donde me duele. Me quedaré acostada boca arriba con el hielo.
También me dijo:
-Había salido ayer cuando me telefoneaste. No estoy tan enferma como parece.
Sonreía, pero su sonrisa molestaba.
-He tenido que viajar en tercera hasta Marsella. Si no, habría tenido que salir esta noche, no antes.
-¿Por qué? ¿No tenías dinero suficiente?
-Tenía que guardado para el avión.
-¿Es el viaje en tren lo que te ha puesto enferma?
-No. Estoy enferma desde hace un mes, las sacudidas sólo me han hecho daño: me ha dolido, me ha dolido mucho, durante toda la noche. Pero...
Tomó mi cabeza entre sus manos y se volvió para decirme:
-Me sentía dichosa de sufrir.
Después de hablarme, sus manos, que me habían buscado, me apartaron.
Pero nunca, desde que la encontré, me había hablado de aquella forma.

Me levanté. Me fui a llorar al cuarto de baño.
Volví enseguida. Afecté entonces una frialdad que respondía a la suya. Sus rasgos se habían endurecido. Como si tuviera que vengarse de su confesión.
Tuvo un arranque de apasionada aversión, un arranque que la cerraba.
-Si no hubiese estado enferma, no habría venido. Ahora estoy enferma: vamos a ser felices. Por fin estoy enferma.
En su furia contenida, una mueca la desfiguró.
Se volvió repulsiva. Comprendí que yo amaba en ella aquel violento movimiento. Lo que amaba en ella era su odio, amaba la imprevista fealdad, la fealdad monstruosa que el odio daba a sus rasgos.

7

El médico que había mandado llamar se hizo anunciar. Estábamos dormidos. La habitación, extraña y medio a oscuras, en la que me desperté, parecía estar abandonada. Dorothea se despertó al mismo tiempo. Se sobresaltó al verme. Yo estaba erguido en la butaca: trataba de saber dónde me encontraba. Ya no sabía nada. ¿Era de noche? Evidentemente era de día. Descolgué el teléfono, que se había puesto a sonar. Pedí a la recepción que hiciese subir al médico.
Esperaba el final del reconocimiento: me sentía muy inferior, medio dormido.
Dorothea padecía una enfermedad de mujer: a pesar de que su estado fuese grave, podía curarse con bastante rapidez. El viaje había agravado las cosas, no debería haber viajado. El médico volvería. Le acompañé hasta el ascensor. Al final, le pregunté cómo iban las cosas en Barcelona: me dijo que, desde hacía dos horas, la huelga era total, nada funcionaba ya, pero la ciudad estaba tranquila.
Era un hombre insignificante. No sé por qué le dije, con una sonrisa estúpida:
-La calma antes de la tormenta...
Me estrechó la mano y se marchó sin responder, como si yo fuese una persona mal educada.

Dorothea, relajada, se peinó. Se puso *rouge.* Me dijo:
-Estoy mejor... ¿Qué le has preguntado al médico?
-Hay una huelga general y tal vez vaya a estallar una guerra civil.
-¿Por qué una guerra civil?
-Entre los catalanes y los españoles.

-¿Una guerra civil?

La idea de una guerra civil la desconcertaba. Le dije una vez más:

-Debes hacer lo que ha dicho el médico...

Hacía mal en mencionárselo tan pronto: era como si hubiese pasado una sombra; el rostro de Dorothea se cerró.

-¿Por qué habría de curarme? -dijo.

El día de difuntos

1

Dorothea había llegado el día 5. El 6 de octubre, a las diez de la noche, yo estaba sentado a su lado: ella me contaba lo que había hecho en Viena después de haberme dejado.

Había entrado en una iglesia.

No había nadie y, primero, se arrodilló sobre las losas; luego, se había tendido sobre el vientre, había. puesto los brazos en cruz. Aquello no tenía sentido alguno para ella. No había rezado. No comprendía por qué lo había hecho; pero, después de un tiempo, varios truenos la habían sobresaltado. Se había incorporado y, una vez fuera de la iglesia, había salido corriendo bajo la lluvia torrencial.

Se metió bajo un porche. Iba sin sombrero y mojada. Debajo del porche había un mozalbete con una gorra, un chico muy joven. Había querido reírse un rato con ella. Estaba desesperada y no podía reírse: ella se había acercado a él y le había besado. Le había tocado. El, a modo de contestación, la había tocado a ella. Estaba fuera de sí, le había infundido terror.

Al hablarme estaba sosegada. Me dijo:

-Era como un hermano pequeño, olía a humedad, yo también, pero yo estaba en tal estado que él, al gozar, temblaba de miedo.

En aquel momento, al oír hablar a Dorothea, me había olvidado de Barcelona.

Oímos un toque de clarín bastante próximo. Dorothea se detuvo bruscamente. Prestaba atención con sorpresa. Volvió a hablar, pero esta vez se detuvo definitivamente. Se había oído una salva de disparos. Tras una pausa, el tiroteo empezó de nuevo. Fue como una brusca catarata, no demasiado lejos. Dorothea se había levantado: no tenía miedo, pero aquello era de una brutalidad trágica. Me acerqué a la ventana. Vi gente armada que gritaba y corría bajo de los árboles de las Ramblas, débilmente iluminadas aquella noche. Los disparos no venían de las Ramblas sino de las calles confluentes: una rama rota por una bala cayó al suelo.

Le dije a Dorothea:

-¡Esta vez me parece que la cosa se pone fea!

-¿Qué pasa?

-No sé. Seguramente es el Ejército regular atacando a los otros (los otros eran los catalanes y la Generalitat de Barcelona). Disparan en la calle Fernando. Aquí al lado.

Un violento tiroteo estremecía el aire.

Dorothea se fue a una de las ventanas. Me volví. Gritando, le dije:

-Estás loca. ¡Vuelve a la cama inmediatamente!

Llevaba un pijama de hombre. Descalza y con el pelo suelto tenía un rostro cruel.

Ella me apartó y miró por la ventana. Le enseñé la rama rota en el suelo.

Volvió hacia la cama y se quitó la chaqueta de su pijama. Con el pecho desnudo se puso a buscar algo a su alrededor: parecía una loca.

Le pregunté:

-¿Qué es lo que buscas? Debes volverte a acostar.

-Quiero vestirme. Quiero ir contigo a ver lo que pasa.

-¿Has perdido la cabeza?

-Escúchame, es algo más fuerte que yo. Voy a ir a ver.

Parecía desenfrenada. Estaba violenta, cerrada a todo, hablaba en un tono que no admitía réplica, estaba sublevada por una especie de furor.

En aquel momento golpearon la puerta, casi sacándola de sus goznes a fuerza de puñetazos. Dorothea tiró la chaqueta que acababa de quitarse.

Era Xénie. (Yo se lo había contado todo el día anterior, al dejarla con Michel.) Xénie temblaba. Miré a Dorothea, me pareció provocativa. Muda, maligna, estaba de pie con los senos desnudos.

Le dije a Xénie brutalmente:

-Tienes que volver a tu habitación. No hay nada más que hacer.

Dorothea me interrumpió sin mirada:

-No. Puede quedarse si quiere. Quédese con nosotros.

Xénie permanecía inmóvil en la puerta. Arreciaban los disparos. Dorothea me cogió por la manga. Me arrastró hasta la otra punta de la habitación y me dijo al oído:

-Tengo una idea horrible, ¿entiendes?

-¿Qué idea? Ya no entiendo. ¿Por qué invitar a esa chica a que se quede?

Dorothea retrocedió ante mí: tenía un aire taimado y, al mismo tiempo, resultaba evidente que ya no podía más. El fragor de los disparos de mosquetón le abría a uno la cabeza. También me dijo, en voz baja, en tono agresivo:

-¡Ya sabes que soy como un animal!

La otra podía oírla.

Me precipité hacia Xénie, implorándole:

-Vete inmediatamente.

Xénie también me imploró. Yo repliqué:

-¿Te das cuenta de lo que va a pasar si te quedas?

Dorothea se reía cínicamente al tiempo que la miraba. Empujé a Xénie hacia el pasillo: Xénie, resistiéndose, me insultaba sordamente. Desde un principio estaba asustada y, estoy persuadido, sexualmente enloquecida. Yo la empujé, pero ella se resistió. Se puso a gritar como un diablo. Había en el aire una violencia tal; la empujé con todas mis fuerzas. Xénie cayó con todo su peso, atravesada en el pasillo. Cerré la puerta y corrí el pestillo. Había perdido la cabeza. Yo también era como un animal, pero, al mismo tiempo, había temblado. Me había imaginado a Dorothea aprovechando el momento en que yo forcejeaba con Xénie para matarse arrojándose por la ventana.

2

Dorothea estaba agotada: se dejó llevar sin decir ni una palabra. La acosté: ella se dejó hacer, inerte en mis brazos, con los senos desnudos. Volví a la ventana. Cerré los postigos. Asustado, vi como Xénie salía del hotel. Atravesó las Ramblas corriendo. No podía hacer nada: no podía dejar sola a Dorothea ni un instante. Vi cómo Xénie se dirigía no en dirección al tiroteo, sino hacia la calle en que vivía Michel. Desapareció.

Toda la noche fue turbulenta. No era posible dormir. Poco a poco, el combate fue aumentando de intensidad. Primero, las ametralladoras; luego, los cañones empezaron a hacer fuego. Oído desde la habitación del hotel en la cual Dorothea y yo permanecíamos encerrados, aquello podía tener algo de grandioso, pero resultaba sobre todo ininteligible. Pasé parte del tiempo paseando de arriba abajo por aquella habitación.

A mitad de la noche, durante una pausa, yo estaba sentado al borde de la cama. Le hablé a Dorothea:

-No comprendo que hayas entrado en una iglesia.

Callábamos desde hacía rato. Ella se sobresaltó, pero no contestó.

Le pregunté por qué no decía nada.

Estaba soñando, me contestó.

-¿Pero en qué sueñas?

-No lo sé.

Un poco después, dijo:

-Puedo postrarme ante él si creo que no existe.

-¿Por qué entraste en la iglesia?
Ella, en su cama, me volvió la espalda. También dijo:
-Deberías irte. Ahora sería mejor que me dejases sola.
-Si lo prefieres, puedo salir.
-Quieres ir a que te maten...
-¿Por qué? Los fusiles no matan a mucha gente. Escucha: no paran de tirar. Eso es la prueba evidente de que hasta los obuses dejan muchos supervivientes.
Ella seguía el hilo de su pensamiento:
-Sería menos falso.
En aquel momento se volvió hacia mí. Me miraba con una expresión irónica.
-¡Si al menos pudieras perder la cabeza!
Ni siquiera parpadeé.

3

Durante la tarde del día siguiente, los combates callejeros, que habían disminuido de intensidad, volvían a iniciarse severamente de vez en cuando. Durante una tregua Xénie telefoneó desde la recepción del hotel. Gritó por el aparato. En aquel momento, Dorothea dormía. Bajé al hall. Lazare estaba allí, tratando de sujetar a Xénie. Xénie, con el pelo suelto, estaba sucia, parecía una loca. Lazare no estaba ni menos decidida ni menos fúnebre que de costumbre.
Xénie, zafándose de Lazare, se abalanzó sobre mí. Como si quisiera saltarme a la garganta.
Gritaba:
-¿Qué has hecho?
Tenía en la frente una herida ancha que sangraba por debajo de la costra medio levantada.
Yo la cogí por las muñecas y, torciéndoselas, le obligué a callarse. Tenía fiebre, temblaba.
Sin soltar las muñecas de Xénie le pregunté a Lazare qué ocurría.
Ella me dijo:
-Acaban de matar a Michel y Xénie está convencida de que ha sido por culpa de ella.
Tenía que hacer un gran esfuerzo para sujetar a Xénie: al oír hablar a Lazare, se puso a forcejear. Intentaba salvajemente morderme las manos.
Lazare me ayudó a sujetada: le sostuvo la cabeza. Yo también temblaba.
Al cabo de cierto tiempo, Xénie se quedó tranquila.
Ante nosotros parecía asustada.
Entonces dijo con voz ronca:
-¿Por qué has hecho eso conmigo?.. Me has tirado al suelo... como un animal...
Yo le había cogido la mano y se la estrechaba con fuerza.
Lazare fue a pedir una toalla húmeda. Xénie siguió hablando:
-...con Michel... estuve horrible... Como tú conmigo... es culpa tuya... él sí me quería... He hecho con él... lo que tú conmigo... perdió la cabeza... se fue a que le matasen... y ahora... Michel está muerto... es horrible.
Lazare le puso la toalla sobre la frente.
La sujetamos cada uno de un lado para llevada a su habitación. Ella se iba arrastrando. Yo lloraba. Vi cómo también Lazare empezaba a llorar. Las lágrimas corrían por sus mejillas: no por ello era menos dueña de sí misma, ni menos fúnebre, y era monstruoso ver cómo corrían sus lágrimas. Tendimos a Xénie en su habitación, sobre su cama.
Yo le dije a Lazare:

-Está aquí Dirty. No puedo dejada sola.

Lazare me miró y, en aquel momento, vi que ya no tenía valor suficiente para despreciarme. Se limitó a decir:

-Me quedaré con Xénie.

Estreché la mano de Lazare. Llegué incluso a dejar mi mano dentro de la suya, pero pensaba ya que era Michel, que no era yo, quien había muerto. Luego estreché a Xénie en mis brazos: hubiera deseado besada de verdad, pero sentí que me volvía hipócrita y, al punto, me fui. Cuando ella vio que me iba, se puso a sollozar sin moverse. Entré en el pasillo. Yo también lloré, por contagio.

4

Permanecí en España, con Dorothea, hasta finales del mes de octubre. Xénie volvió a Francia con Lazare. Dorothea iba mejorando cada día que pasaba: salía al sol de la primera hora de la tarde conmigo (habíamos ido a instalarnos a un pueblo de pescadores).

A finales de octubre ya no nos quedaba dinero. A ninguno de los dos. Dorothea tenía que volver a Alemania. Yo tenía que acompañada hasta Frankfurt.

Llegamos a Tréveris un domingo por la mañana (el día primero de noviembre). Teníamos que esperar a que abriesen los bancos, al día siguiente. Por la tarde, el tiempo era lluvioso, pero no podíamos encerrarnos en el hotel. Paseamos por el campo hasta llegar a un altozano que domina el valle del Mosela. Hacía frío, empezaba a caer la lluvia. Dorothea llevaba un abrigo de viaje de paño gris. Su cabello estaba alborotado por el viento, estaba húmeda de lluvia. A la salida de la ciudad le pedimos a un burgués bajito, de grandes mostachos, con sombrero hongo, que nos indicase el camino. Con una desconcertante amabilidad cogió a Dorothea de la mano. Nos llevó al cruce en el que podríamos orientarnos. Se alejó para volver a sonreírnos al darse la vuelta. Dorothea le miró con una sonrisa de desencanto. Por no haber escuchado lo que nos decía el hombrecito, un poco más lejos nos perdimos. Tuvimos que andar mucho tiempo, lejos del Mosela, por valles adyacentes. La tierra, los guijarros de las sendas y hasta las rocas desnudas eran de un rojo vivo: había muchos bosques, tierras de labor y prados. Pasamos por un valle amarillento. Empezó a nevar. Nos cruzamos con un grupo de Hitlerjugend, niños de entre diez y quince años, vestidos con calzón corto y camisola de pana negra. Andaban de prisa, no miraban a nadie y hablaban con una voz restallante. Nada había que no fuera triste, desoladoramente: un amplio cielo gris que se iba tornando suavemente en nieve que caía. Andábamos de prisa. Tuvimos que atravesar una meseta de tierra labrada. Los surcos, recién abiertos, se iban multiplicando; por encima de nosotros, interminablemente, la nieve era arrastrada por el viento. A nuestro alrededor era la inmensidad. Dorothea y yo, apretando el paso por una senda, azotada la cara por el frío, habíamos perdido el sentimiento de existir.

Llegamos a un restaurante coronado por una torre: en el interior hacía calor, pero también había una luz sucia de noviembre, había allí muchas familias acomodadas sentadas a las mesas. Dorothea, con los labios demudados, enrojecida la cara por el frío, no decía nada: estaba comiendo un pastel que le gustaba mucho. Seguía siendo muy bella, sin embargo su cara se perdía en aquella luz, se perdía en el gris del cielo. Para volver a bajar, tomamos sin dificultad el buen camino, muy corto, que serpenteaba a través de los bosques. Ya no nevaba, 'o no nevaba casi. La nieve no había dejado rastro. Andábamos de prisa, resbalábamos o tropezábamos de vez en cuando y la noche iba cayendo. Más abajo, en la penumbra, apareció la ciudad de Tréveris. Se extendía por la otra orilla del Mosela, dominada por grandes campanarios

cuadrados. Poco a poco, de noche, dejamos de distinguir los campanarios. Al pasar por un lindero, vimos una casa baja, pero amplia, abrigada por plantas trepadoras. Dorothea me habló de comprar aquella casa y de vivir allí conmigo. Entre nosotros ya no había más que un desencanto hostil. Lo sentíamos, eramos poca cosa el uno para el otro, al menos, desde el momento en que no nos encontrábamos sumidos en la angustia. Nos apresurábamos hacia una habitación de hotel, en una ciudad que no conocíamos la víspera. A veces, en la sombra, nos buscábamos. Nos mirábamos a los ojos: no sin temor. Estábamos ligados el uno al otro, pero carecíamos ya de la más ínfima esperanza. En una revuelta del camino se abrió un vacío por debajo de nosotros. Extrañamente, aquel vacío no era menos ilimitado, allí a nuestros pies, que un firmamento estrellado sobre nuestras cabezas. Un sin fin de lucecillas, balanceandas por el viento, celebraban en la noche una fiesta silenciosa, incomprensible. Aquellas estrellas, aquellas velas, se encontraban a centenares, en llamas, por el suelo: el suelo en el que se alineaba la multitud de tumbas iluminadas. Cogí a Dorothea del brazo. Estábamos fascinados por aquel abismo de fúnebres estrellas. Dorothea se pegó a mí. Me besó largamente en la boca. Me abrazó, estrechándome violentamente: era, desde hacía mucho tiempo, la primera vez que se arrebataba. Presurosamente, salimos del camino y, en la tierra labrada, dimos los diez pasos que suelen dar los amantes. Seguíamos estando sobre las tumbas. Dorothea se abrió, yo la desnudé hasta el sexo. Ella misma me desnudó a mí. Caímos sobre la tierra blanda y yo me hundí en su cuerpo húmedo como un arado bien manipulado se hunde en la tierra. Debajo de aquel cuerpo la tierra se abría como una tumba, su vientre desnudo se abrió a mí como una tumba reciente. Estábamos anonadados, haciendo el amor sobre un cementerio estrellado. Cada una de las lucecillas anunciaba un esqueleto en una tumba, formaban así un cielo vacilante, tan turbio como los movimientos de nuestros cuerpos entremezclados. Hacía frío, mis manos se hundían en la tierra: desabroché a Dorothea, ensucié su ropa y su pecho con la tierra fresca que se había quedado adherida a mis dedos. Sus senos, surgidos de la ropa, eran de una blancura lunar. De vez en cuando nos abandonábamos, permitiéndonos temblar de frío: nuestros cuerpos temblaban como pueden hacerlo dos filas de dientes castañeteando una con otra.

El viento hizo en los árboles un ruido salvaje. Yo le dije tartamudeando a Dorothea, yo tartamudeaba, hablaba como un salvaje:

-...mi esqueleto... estás temblando de frío... los dientes te castañetean...

Me había parado, pesaba sobre ella sin moverme, jadeaba como un perro. De pronto estreché sus riñones desnudos. Me dejé caer con todo mi peso. Ella profirió un grito terrible. Apreté los dientes con todas mis fuerzas. En aquel mismo momento resbalamos por un pequeño talud.

Más abajo había un trozo de roca que surgía sobre el vacío. Si no hubiese detenido aquel deslizamiento de una patada, habríamos caído en la noche, y yo bien pudiera haber creído, maravillado, que caíamos en el vacío del cielo.

Tuve, como pude, que subirme el pantalón. Me había puesto de pie. Dirty aún estaba con el trasero desnudo, apoyado sobre el suelo. Se incorporó penosamente, asió una de mis manos. Besó mi vientre desnudo: la tierra se había pegado a mis piernas cubiertas de vello: la rascó para limpiarme de ella. Se aferraba a mí. Jugaba con movimientos taimados, con movimientos de loca indecencia. Primero me hizo caer. Conseguí levantarme dificultosamente, la ayudé a incorporarse. La ayudé a volverse a poner la ropa, pero resultaba difícil, porque nuestros cuerpos y ropas se habían vuelto terrosos. Nos excitaba igualmente la tierra y la desnudez de la carne; apenas quedó cubierto el sexo de Dirty debajo de su ropa, yo me apresuré a ponerlo a desnudo de nuevo.

Al volver, pasado el cementerio, las calles de la pequeña ciudad estaban

desiertas. Estábamos atravesando un barrio formado de viviendas bajas, de casas viejas entre jardines. Pasó un niño: miró a Dirty con asombro. Ella me hizo pensar en los soldados que hacían la guerra en trincheras llenas de barro, pero me urgía encontrarme con ella en una habitación caliente y quitarle la ropa a la luz. El niño se detuvo para vernos mejor. La alta Dirty estiró la cabeza y le hizo una mueca horrible. El niño, bien vestido y feo, desapareció corriendo.

Yo pensé en el pequeño Karl Marx y en la barba que más tarde había de crecerle: en la actualidad se encontraba bajo tierra, cerca de Londres. Sin duda, Marx debía haber corrido también por las desiertas calles de Tréveris, cuando era niño.

5

Al día siguiente, teníamos que ir a Coblenza. De Coblenza, tomamos un tren a Frankfurt, donde yo había de dejar a Dorothea. Mientras remontábamos el valle del Rin, iba cayendo una lluvia fina. Las orillas del Rin estaban grises, pero desnudas y salvajes. De vez en cuando el tren pasaba al lado de un cementerio, cuyas tumbas habían desaparecido debajo de enormes ramos de flores blancas. A la caída de la tarde, vimos velas prendidas sobre las cruces de las tumbas. Ibamos a separarnos unas horas más tarde. A las ocho, Dorothea tenía en Frankfurt un tren hacia el Sur; pocos minutos después yo tomaría el tren de París. Se hizo de noche después de Bingerbrück.

Estábamos solos en un compartimento. Dorothea se acercó a mí para hablarme. Adoptóuna voz casi infantil. Me apretó fuertemente el brazo, me dijo:

-Pronto habrá una guerra, ¿no?

Yo -suavemente- respondí:

-No sé.

-Me gustaría saber. Sabes lo que pienso a veces: pienso que llega la guerra. Entonces he de anunciarle a un hombre: la guerra ha comenzado. Voy a verle, pero él, sin duda, no debe esperarlo: palidece.

-¿Y qué más?

-Eso es todo.

Yo le pregunté:

-¿Por qué piensas en la guerra?

-No sé. ¿Tendrás miedo, tú, si hay guerra?

-No.

Se acercó todavía más a mí, apoyando sobre mi cuello una frente que ardía:

-Escucha, Henri... sé que soy un monstruo, pero algunas veces, me gustaría que hubiese guerra.. .

-¿Por qué no?

-¿Tú también querrías? ¿Te matarían, verdad?

-¿Por qué piensas en la guerra? ¿Por lo de ayer?

-Sí, por las tumbas.

Dorothea permaneció mucho tiempo acurrucada contra mí. La noche anterior me había dejado agotado. Empezaba a dormirme.

Como me estaba durmiendo, Dorothea, para despertarme, me acarició sin moverse casi, con astucia. Seguía hablando suavemente:

-¿Sabes? El hombre al que anuncio que hay guerra...

-Sí.

-Se parece al hombrecito bigotudo que me cogió la mano bajo la lluvia: un hombre perfectamente amable, con muchos niños.

-¿Y los niños?
-Mueren todos.
-¿Les matan?
-Sí. Cada vez voy a ver al hombrecito. Es absurdo, ¿no?
-¿Tú eres la que le anuncia la muerte de sus hijos?
-Sí. Cada vez que me ve, palidece. Aparezco con un vestido negro y, sabes, cuando me voy...
-Dime.
-Queda un charco de sangre donde tenía las piernas.
-¿Y tú?
Espiró como un quejido, como si de pronto estuviese suplicando.
-Te quiero...
Pegó su boca fresca a la mía. Me encontré en un estado de dicha intolerable. Cuando su lengua rozó la mía fue algo tan bello que hubiera deseado no vivir ni un instante más.

Dirty, que se había quitado el abrigo, llevaba, entre mis brazos, un vestido de seda de color rojo vivo, del mismo rojo que las banderas con la cruz gamada. Sentía que su cuerpo estaba desnudo bajo el vestido. Emanaba de ella un olor a tierra mojada. Me alejé de ella, en parte, bajo los efectos del nerviosismo (quería moverme) y, en parte, para ir al extremo del vagón. Por dos veces desplacé en el pasillo a un oficial de las S.A., muy guapo y muy alto. Tenía unos ojos como de porcelana azul que, incluso en el interior de un vagón iluminado, parecían estar perdidos en las nubes: como si hubiese escuchado dentro de sí mismo la llamada de las Walkirias, aunque, sin duda, su oído era más sensible a los toques cuarteleros. Me detuve a la entrada del compartimento. Dirty bajó la luz de la lámpara. Estaba de pie, inmóvil, bajo una débil luz: me dio miedo; detrás de ella, a pesar de la oscuridad, veía una llanura inmensa. Dirty me miraba, pero también ella estaba ausente, como perdida en un sueño horrible. Me acerqué a ella y vi que estaba llorando. La estreché entre mis brazos, ella no quiso darme sus labios. Le pregunté por qué lloraba.

Pensé:
-No puedo conocerla menos. Ella contestó.
-Por nada.
Prorrumpió en sollozos.
La toqué abrazándola. Yo también habría sollozado. Hubiera deseado saber por qué lloraba, pero ya no habló. La veía tal como estaba cuando volví al compartimento: de pie, frente a mí, tenía toda la belleza de una aparición. De nuevo sentí miedo de ella. De pronto pensé, transido de angustia ante la idea de que había de abandonarme en pocas horas: es tan ávida que no puede vivir. No vivirá. Bajo mis pies sentía el ruido de las ruedas sobre los raíles, de esas ruedas que aplastan, en las carnes aplastadas que revientan.

6

Las últimas horas pasaron con rapidez. En Frankfurt, yo quería que nos fuésemos a una habitación. Ella se negó. Cenamos juntos: la única forma de soportarlo era ocuparse en algo. Los últimos minutos, en el andén, fueron intolerables. Me faltó valor para irme. Tenía que volverla a ver algunos días más tarde, pero estaba obsesionado, pensaba que antes ella moriría. Desapareció con el tren.

Estaba solo en el andén. Fuera llovía a cántaros. Me fui llorando. Caminaba

penosamente.

Aún llevaba en la boca el sabor de los labios de Dirty, algo ininteligible. Miré a un hombre de la compañía ferroviaria. Pasó: ante él sentí como una desazón. ¿Por qué no tenía nada en común con una mujer a la que hubiera podido besar? El también tenía unos ojos, una boca, un trasero. Aquella boca me producía ansias de vómito. Habría querido golpearla: tenía el aspecto de un burgués obeso. Le pregunté por los lavabos (tendría que haber corrido hacia allí lo más de prisa posible). Ni siquiera me había secado las lágrimas. Me indicó algo en alemán: era difícil de entender. Llegué a un extremo del hall: oí un ruido de música violenta, un ruido de una estridencia intolerable. Seguía llorando. Desde la puerta de la estación, distinguí, a lo lejos, al otro extremo de una plaza inmensa, un teatro bien iluminado y, sobre las escaleras del teatro, una parada de músicos uniformados: el ruido era espléndido, desgarraba los oídos, exultaba. Me quedé tan atónito que, al punto, dejé de llorar. Ya no tenía ganas de ir al retrete. Bajo la lluvia que arreciaba, atravesé la plaza vacía a la carrera. Me refugié bajo la marquesina del teatro.

Me encontraba frente a unos niños formados militarmente, inmóviles, en los escalones de aquel teatro: llevaban pantalones cortos de pana negra y chaquetillas adornadas con herrete s y cordones, iban descubiertos: a la derecha, los flautines; a la izquierda, los tambores.

Tocaban con tanta violencia, con un ritmo tan cortante, que yo me quedaba delante de ellos sin aliento. No hay nada más seco que aquellos tambores que redoblaban, o más ácido que los flautines. Todos aquellos niños nazis (algunos de ellos eran rubios, con rostro de muñecos) que tocaban para los escasos transeúntes, en la noche, ante la plaza inmensa que el aguacero había dejado vacía, parecían presas, tiesos como palos, de la exultación de un cataclismo: delante de ellos, su jefe, un muchacho de una delgadez de degenerado, con la sañuda cara de un pez (de vez en cuando se volvía para ladrar órdenes, era como un estertor), iba marcando el compás con un largo bastón de tambor-mayor. Con un gesto obsceno, erguía el bastón, con el pomo sobre el bajo-vientre (se asemejaba entonces a un pene simiesco y desmesurado, ornado con trencillas de cordones de colores); con una sacudida de pequeña bestia inmunda, alzaba entonces el pomo hasta la altura de la boca. Del vientre a la boca, de la boca al vientre, entrecortado cada ir y venir por una ráfaga de tambores. Aquel espectáculo era obsceno. Era terrorífico: si no hubiera sido por un providencial alarde de sangre fría, cómo podía haberme quedado en pie, contemplando aquellos feroces mecanismos, tan sereno como ante un muro de piedra. Cada estallido de la música, en la noche, era un conjuro que invocaba la guerra y el crimen. Los redobles de tambor alcanzaban el paroxismo, con la esperanza de resolverse finalmente en sangrientas ráfagas de artillería: miraba a lo lejos... un ejército de niños formado en orden de combate. No obstante, estaban inmóviles, pero en trance. Yo los veía, no lejos de mí, fascinados por el deseo de ir a la muerte. Alucinados por los campos infinitos por donde un día habrían de avanzar, riendo bajo el sol: tras ellos dejarían a los moribundos y a los muertos.

A aquella pleamar de muerte, mucho más agria que la vida (porque la vida nunca brilla tanto de sangre como la muerte), sería imposible oponer algo que no fuese insignificante, como las cómicas súplicas de las viejas. Acaso todas las cosas no quedaban abocadas a la incandescencia, llama y trueno mezclados, tan pálida como la del azufre ardiente que se agarra a, la garganta. Una especie de hilaridad me mareaba: sentía, al descubrirme ante aquella catástrofe, como una negra ironía, la que acompaña a los espasmos en los momentos en que nadie se puede contener de gritar. La música paró: había dejado de llover. Volví lentamente en dirección a la estación: el tren ya estaba formado. Anduve algún tiempo por el andén, antes de entrar en un compartimento; el tren no tardó en salir.

Mayo de 1935